
LA BARRERA DE
SOMBRAS
Colección

La Barrera de las Sombras

A.S. Jacob

Red Allowahy volvió en sí entre los restos de lo que fueran aparatos de dirección de su espacionave. Horas antes, había chocado con una barrera magnética de partículas radio-cósmicas. Los mandos de su aparato se inutilizaron. Los cohetes se apagaron y se vio convertido en una masa inerme que flotaba en el vacío, condenada a un lento e incierto vagar, hasta que los meteoritos acabasen con él o. atraída la nave por algún mundo, se estrellase contra su corteza.

Crispó los puños, mirando fijamente por la pantalla de proa. La negrura más absoluta se extendía ante él. Atrás, a los lados, arriba y abajo, rodeándolo como un inmenso sudario solo había tinieblas. Noche eterna en la que se diseminaban las Galaxias, distantes unas de otras millones *y* millones de años-luz.

¿Cuánto tiempo tardaría en morir? ¿Un día? ¿Una hora? No lo sabía. Pero, debía de hacer algo. No podía esperar cruzado de brazos.

Se volvió hacia la pantalla de telerradar y manejó los diales con frenética impaciencia. La pantalla continuó a oscuras. Algo debía de haberse roto con el choque.

Se dejó caer desanimado en el sillón, mirando fascinado la negrura que el radarscopio le mostraba en la pantalla.

¡Estaba perdido! El telerradar había sido la fugaz esperanza de un segundo, pero...

Se levantó de un salto. Aún podía ser su salvación. No estaba dispuesto a que sus huesos blanqueasen sobre la superficie de algún mundo lejano para, con el tiempo, convertirse en polvo cósmico. ¡No, no estaba dispuesto a eso! Y mucho menos a que su nave le sirviera de metálico y eterno ataúd que vagase por el espacio.

Extrajo un destornillador y empezó a trabajar febrilmente, desmontando el telerradar pieza por pieza, examinando éstas cuidadosamente.

No transmitiría imágenes, pero, tal vez pudiera comunicar con cualquier mundo habitado y pedir ayuda. Sería una potente emisora capaz de alcanzar distancias insospechadas. Desmontaba con rapidez, seguro de sí mismo.

Buscando ansioso la avería. Los segundos «ras para él preciosos.

Tan embebido estaba que no se dio cuenta de que la nave aumentaba la velocidad progresivamente, encarando su aguda proa hacia un punto fijo de la silenciosa negrura del vacío.

Fueron pasando lentas las horas. Tenía el cuerpo empapado en un sudor frío, que parecía pegarle el traje de vuelo al cuerpo. Había encontrado un condensador roto y los filamentos de una válvula de reflexión saltados, pero, aislando la pantalla de televisión y conectando la emisora al radar estaba seguro de poder hacerse oír.

Montaba las piezas con rapidez y precisión matemática,

desechando lo inútil o superfino a un lado.

Una ligera vibración de la nave le arrancó de su trabajo, haciéndole prestar atención a la pantalla visora.

Seguía la negrura allá fuera. Pero Red Allowahy advirtió algo más. La nave había aumentado de tal modo su velocidad que él notaba sobre su cuerpo la sensación de aceleración.

—¡Me atrae!—murmuró—. ¡Algo me atrae!

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, erizándole los pelillos de la nuca. ¡Empezaba su carrera hacia la muerte! Se lanzó sobre la emisora y terminó de montarla con frenética rapidez. Sus dedos temblaban al sujetar las piezas.

La aeronave había alcanzado una velocidad considerable cuando soltó el destornillador y movió los diales. Un suspiro de satisfacción se escapó de sus labios al tiempo que una sonrisa de gozo iluminaba su rostro. Había acertado. ¡Funcionaba!

Un agudo silbido se escapó del altavoz, seguido de roncos carraspeos y violentos truenos, debidos al roce de las partículas cósmicas que vagaban en el espacio.

Se situó frente al micrófono y se dispuso a lanzar su llamada de socorro, pero, entonces, en ese mismo momento...

...algo empezó a suceder fuera de la nave. Algo que, lentamente, se iba introduciendo en ella.

***

Kruno abrió lentamente los ojos. Algo, una especie de sacudida eléctrica había recorrido su cerebro, alertando todo su ser.

Una de las ondas captoras, aquellos invisibles tentáculos sensitivos que extendía su super-cerebro, había encontrado en su camino «algo» extraño y se había apresurado a retraerse para comunicarlo a su dueño.

Nuevos tentáculos salieron de la mente de Kruno, envolviendo aquella «cosa» en una intrincada red de ondas mentales, que tanteaban cuidadosamente las metálicas y pulidas superficies.

—¡Una aeronave!—dijo una de ellas al regresar.

—¡Está averiada!—dijo otra—.Chocó contra una barrera magnética.

—¡Hay vida animal a bordo¡—comunicó una tercera retrayéndose a la célula glandular que le servía de estuche.

—Todos sus instrumentos están rotos por el choque—dijo la que había penetrado en el interior de la nave—. Pero el piloto vive y trata de pedir ayuda.

Kruno lanzó una maldición y estrelló su sarmentoso puño contra el costado de uno de sus compañeros que se volvió sobresaltado,

gruñendo sordamente. Acalló sus protestas al reconocer a Kruno.

Porque, Kruno era el más fuerte. Kruno era el más audaz y el mejor guerrero de la tribu. Era el más inteligente y el único capaz de dominar aquellas ondas que le avisaban de todo lo sucedido, aun a varios miles de millas de distancia. Por eso, Kruno. era el jefe;

—¿Qué ocurre, Kruno?—preguntó.

—Una aeronave...—señaló al espacio—; ...averiada. Caerá cerca de aquí.

—¿Qué debemos hacer?

—Destruir lo que quede de ella. No creo que sea mucho, pero nada aprovechable deben de encontrar cuando vengan en su busca.

—Está bien, Kruno. Se hará como tú dices —contestó su interlocutor. Luego preguntó—: ¿Qué hacemos con sus ocupantes?

—Solo va un piloto. Si logra salvarse del choque, dejadlo tranquilo. Pero haced que no sea encontrado. Pronto será como nosotros—terminó con amargura.

—De acuerdo...

—¡Espera! Está tratando de comunicar.

Uno de los tentáculos auditivos de Kruno había captado ,el mensaje y lo repetía en el cerebro de éste:

—¡Atención Galaxias Unidas! ¡ Aquí Red Allowahy, piloto intergaláetico de la «Office Space» en llamada de auxilio!

Hubo unos ruidos raros, luego una voz lejana se dejó oír:

—Habla, Red. Aquí central de Anubis. Te escucho.

—Choqué contra una barrera magnética y quedé sin gobierno en la nave. Soy atraído por un cuerpo desconocido.

—¿Qué clase de cuerpo, Red?

—Lo ignoro. Solo puedo ver negrura en las pantallas.

—Eso no puede ser. Red. Algo verás, aunque sea un puntito brillante en la distancia.

—Te digo que no. He escudriñado el vacío en todas direcciones y hasta el máximo del teleespaciógrafo sin ver nada.

—¡Idiota!—gruñó Kruno—. ¿Cómo quieres ver un planeta ultravioleta?

Nuevamente prestó atención a lo que le transmitían sus ondas cerebrales.

—¿Estás loco, Red? Ningún cuerpo puede atraer a esa distancia. Su fuerza empieza a notarse cuando se vislumbrti su resplandor y a veces después—dijo el operador de Anubis.

—¡Es cierto que me atrae!—chilló el piloto—. Y cada vez con más fuerza..., como si estuviese apoca distancia de ello. ¡Y no estoy loco! Puede que esté fuera de mi vista o que las pantallas no encuadren bien y... ¡Cielos!... ¡No, no... es posibile!

—¿Qué ocurre, Red?—preguntó alarmado el operador de Anubis.

—¡Un planeta! ¡Un planeta gigantesco ha aparecido ante mí!—gritó el piloto aterrado—. ¡Surgió de golpe!

—Entró en nuestra atmósfera—dijo Kruno—. ¡Kron, encárgate de su destrucción! Llévate algunos de los nuestros.

Kron se alejó hacia sus guerreros y poco después, seguido de algunos de éstos, caminaba hacia el punto que serviría de fin a la carrera de la nave del espacio.

Kruno prestó atención a la nave. Era un puntito negro en el azul del cielo, que iba aumentando de tamaño rápidamente, mientras el piloto seguía angustiado hablando con Anubis.

—¡Te digo que es verdad!

—No puede ser, Red. ¿Cómo va a surgir un planeta de la nada?—contestaba dudoso su interlocutor—. Oye, ¿no habrás bebido, o... ese choque te habrá...?

—¡No! ¡Te digo lo que estoy viendo!—replicaba el piloto—. ¡Mandadme ayuda, pronto! ¡Por lo que más queráis!

—Está bien., Red. Dame tu situación.

—Me desvié treinta grados de...

Los tentáculos de Kruno habían formado una barrera de ondas cerebrales impidiendo la comunicación.

—No nos interesa que sepan dónde estamos —dijo Kruno—. Si nuestro mundo fuese descubierto, sería horrible para el Universo. Es mejor según ignorados, y sufrir solos las consecuencias de nuestros errores.

Miró a la nave que relucía a la luz del planeta y añadió:

—¡Lo siento por ti, Red Allowahy! ¡Serás uno más,de los habitantes de esta maldición del Cosmos!

Carlos Maston se acercó a la ventana. A lo lejos se veía el impresionante panorama de las rocosas montañas, cubiertas de exuberante vegetación. El cielo tenía un intenso color azul, en el que brillaba una 'bola de oro que dejaba caer sus rayos con toda la fuerza de su inmenso poder.

Hacía calor. Un calor intenso y agobiante que parecía palpitar en el ambiente con asfixiante presencia.

Carlos Maston se dirigió hacia la mesita donde, en un cubo de hielo, reposaba una botella. No llegó a cogerla. El visófono de la puerta se iluminó al tiempo que un zumbador dejaba oír su apagado sonido.

—¿Qué desea?—preguntó Carlos al hombre que acababa de aparecer en el deslucido cristal de la pantalla.

—Hablar con usted, señor Maston—respondió la metálica voz de un altavoz—. Soy el profesor Parrish, de la Universidad de...

—He visto su retrato en los telediarios, profesor. ¡Pase!

La puerta se abrió al dar Maston la orden. Tres hombres penetraron en la estancia.

El profesor era bajo, de pelo blanco y ojos cansados. Su extrema delgadez hacía pensar que aquel hombre solo vivía para sus libros.

El otro por el contrario, era un verdadero atleta, de cara jovial y pelo aplastado. Se notaba en él al hombre dinámico, acostumbrado a mandar, a manejar negocios, ¡en fin!: al financiero.

En cuanto al tercero… era casi un niño. Apenas contaba dieciocho o veinte años. Tenía el pelo rubio y los ojos azules y todo en él denotaba una delicadeza y un tacto más propio de mujer que de ayudante del profesor Parrish. Miraba con sus grandes ojos a Maston reflejando en ellos asombro y curiosidad.

—¡Pase, profesor! ¡Adelante, señores!—invitó el joven, indicando con un gesto las anatómicas butacas—. ¡Siéntense, por favor!

—¡Gracias, señor Maston!—respondió el profesor—. Permita que le presente a mis acompañantes: Silver Allewahy, director y propietario de las factorías interestelares y de la compañía de transportes «Office Transport Space…»

El aludido mostró los dientes en una simpática sonrisa y tendió la mano al joven.

—Mucho he oído hablar de usted, señor Maston—dijo—, y es para mí un gran placer el conocerle personalmente.

—En cuanto a este jovenzuelo—añadió el profesor, señalando a su otro acompañante—. Es mi ayudante: Runhny Contox.

—Encantado de saludarle—dijo Carlos.

El ayudante del profesor se limitó a una breve inclinación de cabeza.

—Y ya que nos conocemos todos, le diré a qué hemos venido.

—¿No quieren tomar algo?

—¡No, gracias!—rehusó el profesor—. Nuestros minutos son preciosos y debemos de aprovechar hasta el último segundo.

—Bien. ¿Ustedes dirán?

—¿Está dispuesto para emprender un viaje al espacio ?—dijo el profesor mirándolo fijamente.

—Siempre lo estoy, puesto que ésa es mi profesión. ¿Dónde quiere ir, a Casiopea, a Ocfiuco o tal vez a Candarax?

—No, señor Maston, no es ése nuestro destino…

—Permita que sea yo quien se lo explique… —interrumpió el director de la «Office Transp Space»—. Verá. señor Maston… ¿Recuerda a un piloto llamado Red Allowahy?

—¡Allowahy! Sí, ¿por qué?

—Era mi hermano. Desapareció con una aeronave intergaláctica en el espacio. De eso hará cosa de dos meses.

—Lo recuerdo. Los visodiarios hablaron de ello.

—Lo que los visodiarios no dijeron es que mi hermano pudo entablar comunicación con una de nuestras centrales antes de desaparecer.

—¿Qué quiere decir?

—Que, aunque no precisa del todo. sabemos la dirección que mi hermano llevaba y la causa de su desaparición.

—Y hasta donde se encuentra en estos momentos—dijo el profesor.

—¿Por qué no han ido a buscarlo?

—Para eso le necesitamos a usted—contestó Silver Allowahy.

—Pero, señora, eso lo podía haber hecho cualquier otro piloto. Usted mismo, señor Allowahy, dispone en su compañía de veteranos y competentes ases... Mientras que yo solo soy un simple guía turístico del espacio.

—Ese es el «quid» de la cuestión—dijo el profesor—. No deseamos un piloto cualquiera, sino un hombre como usted: avezado a las sorpresas del espacio, que lo conozca como la palma de su mano y no le importe salirse de las rutas marcadas en los mapas siderales.

—No le entiendo...

—Seré breve y explícito, señor Maston. Red Allowahy chocó con una barrera magnética que lo dejó inerme en el vacío, desviándolo de su ruta. Cuando comunicó con la central, un planeta acababa de surgir ante él como por ensalmo, atrayéndolo hacia su suelo... ¡Y en el lugar en que nosotros suponemos ocurrió esto, solo hay vacío estelar!

—¿Un planeta errante?—preguntó intrigado el piloto.

—No, señor Maston. ¡Un planeta ultravioleta!

—¡Qué dice! ¡Eso es imposible!

—Por desgracia ésa es la realidad. Mis estudios me han llevado a la conclusión de que esos mundos, por causas que ignoro, pueden existir y que Red cayó en uno de ellos.

—Pero ninguno de nuestros científicos dará por válida esa teoría. Nadie puede asegurar que...—protestó Maston.

—Cierto. Mis compañeros de Ciencia se aforran a las viejas costumbres. Por eso trato de demostrarles que mis estudios sobre esos mun dos no han sido. vanos y que existen perdidos en el Cosmos.

—Bien. Admito que puede usted llevar razón, pero, ¿qué pinto yo en todo esto?

—Queremos que nos conduzca usted a ese mundo.

—Eso va a ser imposible, señores—dijo escéptico—. Lo primero: ¿cómo voy a llevarlos a un mundo del que ni siquiera sabemos su situación? Vacaríamos por e1 espacio hasta que nos cansásemos, o la casualidad nos llevase a él. Y segundo: haría falta una espacionave especial, no el cacharro que yo tengo.

—Ese segundo punto está previsto de antemano. En mi factoría se ha construido esa nave y nos aguarda bien pertrechada—dijo

Allowahy—. En cuanto al primero..., el profesor tiene la palabra.

—Tengo la ruta marcada—contestó el profesor—. En la cartera que mi ayudante lleva están los mapas y anotaciones necesarias para dar con el planeta ultravioleta antes de un mes.

—Muy seguros parecen ustedes.

—Lo estamos. Desde que mi hermano desapareció, hemos venido trabajando en ello.

—Veo que solo les falta el piloto para emprender el viaje.

—Así es. Usted tiene la palabra. ¿ Cuánto pide por sus servicios, señor Maston ?—preguntó Allowahy.

—¿ Qué le parece doscientos cincuenta mil «tercios»?

—Le doblo esa cantidad si salimos ahora mismo, y al regreso le ofrezco una prima de cien mil más.

Carlos Maston sintió un extraño cosquilleo en la espalda. Aquello era más de lo que podía ganar en cinco años de constantes viajes por las Galaxias llevando turistas de un lado a otro.

Se volvió hacia el profesor y preguntó escuetamente :

—¿Dónde está esa espacionave?

Las grandes grúas que habían transportado el equipo de los expedicionarios y las pilas aislantes, donde se preservaba y guardaba la energía solar, estaban siendo retiradas sobre sus balones neumáticos. En breve la espacionave estaría totalmente aislada.

Al otro lado de la pista de despegue se abría el interrogante de su destino.

La cabina del «Kronos» resultaba angosta para los cuatros hombres. El monumental tablero de mandos e indicadores, así como las literas anatómicas, ocupaban casi la totalidad del espacio vital.

—Ha llegado el momento del despegue—anunció Carlos Maston lacónicamente.

Sin el menor comentario se encaramaron a sus respectivas literas, procediendo a ligarse convenientemente.

El pulgar de la mano derecha de Maston oprimió el resorte de puesta en marcha. A popa estalló un formidable trueno.

El «Kronos» se estremeció, haciendo vibrar su estructura y. obediente se puso en marcha, primero con lentitud, luego como una exhalación.

La formidable turbonada de gases resultantes de la violenta combustión que se estaba llevando a cabo en el interior de sus motores le ocultó por algún tiempo a las miradas del personal auxiliar que quedaba en tierra.

El ensordecedor trueno que dejara tras de sí sonaba aún en los tímpanos de cuantos presenciaron el lanzamiento, cuando el afilado navío del espacio no era ya sino un punto en el cielo que se empequeñecía por momentos.

Traspuesta la zona de influencia gravitatoria, los motores de combustión química cesarían en su función de impulsión solar, siendo reemplazados en su lugar por una eficaz unidad de propulsión solar que aprovecharía al máximo las calorías esparcidas por el espacio.

Lentos, transcurrieron los días. Los hombres, cansados de mirar el exterior, cubierto de una monótona negrura, salpicada de vez en cuando por puntitos brillantes, señal inequívoca de lejanas Galaxias, permanecían tumbados en las literas leyendo o charlando.

El dominio de la nave había sido confiado al delicado y supersensible cerebro del piloto robot.

De vez en cuando, y ante los admirados ojos de Carlos y Allowahy, el profesor y su ayudante se sumían en complicados cálculos sobre las cartas espaciográficas, haciendo preguntas y más preguntas a. la gigantesca calculadora encefalógrafa.

—Pasamos una barrera magnética—dijo el profesor un día, levantando la cabeza de sus cálculos—. Puede que sea la misma que atravesó su hermano cuando tuvo el accidente.

—¿No nos ocurrirá lo mismo ?—preguntó Allowahy receloso.

—No. El amigo Maston sabe cómo evitarlo. ¿No es cierto?

—Sí, profesor. Voy a encargarme de ello—contestó el piloto.

Desconectó el piloto robot y se sentó ante los mandos, conectando el deflactor de meteoritos. Ingentes llamaradas azules iluminaron la oscuridad que rodeaba la nave. Los corpúsculos que formaban la barrera magnética se desintegraban al chocar con los rayos iónicos.

—Es un gasto enorme de energía—dijo Maston, viendo como la aguja del indicador descendía, retrocediendo hacia el cero.

—No se preocupe por eso, amigo. Los técnicos de mi factoría ya pensaron en eso—contestó Allowahy—. Cuando pasemos por las inmediaciones de algún sol nuestras pilas se volverán a cargar automáticamente.

—Pero, si tardamos en hacerlo y se presenta otra barrera como la de ahora...

—¡No sea pájaro de mal agüero, Carlos! —dijo el ayudante del profesor con afeminada voz.

Era la primera vez que Carlos le oía hablar desde que lo conociera, pues siempre lo hacía con monosílabos, y se volvió a mirarlo, al escuchar aquella voz atiplada.

El muchacho se había medio incorporado en la litera y miraba hacia él. El pelo rubio le caía en crenchas sobre los ojos, azules y grandes.

—Una belleza casi femenina—pensó Maston. En aquel momento un zumbador dejó oír su ahogado sonido, mientras un leve parpadeo partía de una bombilla roja del visor-radar.

—¡Una nave se acerca!—exclamó con asombro Carlos.

Como movidos por un resorte saltaron los cuatro hacia, la pantalla, conectándola con el exterior y explorando la intensa negrura.

—¡Allí está!—dijo el profesor, señalando el microscópico puntito que lanzaba intermitentes destellos amarillentos.

—Trate de comunicar con ella—ordenó el profesor a su ayudante que obedeció inmediatamente—. Es muy raro que una nave se desvíe tanto de las líneas regulares del espacio a no ser que, al igual que nosotros, tenga algo que buscar o sufra avería.

El ayudante del profesor, dando toda la potencia al interófono llamó:

—«¡Atención, aquí espacionave «Kronos» en viaje de socorro! ¡Les rogamos se identifiquen, por favor. Estamos a la vista de ustedes!»

Esperaron anhelantes la respuesta, pero e1 más completo silencio les llegó a través del receptor. Se miraron perplejos.

—¿Qué puede ocurrirles ?—preguntó Allowahy.

—Tal vez no quieran darse a conocer—medió Runhny.

—Vuelva a insistir—dijo Carlos—.Tal vez necesiten ayuda.

Nuevamente el joyen ayudante lanzó su voz al vacío:

—Atención aeronave desconocida! ¿Les ocurre algo? ¿Podemos ayudarles? ¡Contesten, por favor!

Silencio. Un silencio siniestro que no presagiaba nada bueno, se extendió por la cámara.

—Puede ser la de su hermano—dijo Carlos—. Puede que no cayera en ese planeta y esté vagando por el espacio.

—El aseguró que caía en él—contestó el financiero—. Pero saldremos de dudas ahora mismo. Ponga rumbo a esa nave.

—Escuche, Allowahy—dijo el profesor—: Hemos venido aquí a buscar un planeta...

—**A** mi hermano, profesor—le interrumpió.

—¡Está bien! A su hermano. Entonces, ¿porqué perder el tiempo tontamente con esa aeronave?

—Tontamente no, profesor. Puede ser la de mi hermano o tratarse de otros seres que necesiten de nuestra ayuda. Por eso vamos a ver que ocurre en su interior. .

—Pero...—trató de argüir el hombre de ciencia.

Carlos le atajó, enfilando la nave hacia el brillante puntito del espacio, al tiempo que decía:

—Ya lo oyó, profesor. Vamos a ver de qué se trata.

Y mientras el profesor regresaba a su litera gruñendo entre dientes, la aeronave, convertida en un fugaz manchón de luz, se dirigía hacia el silencioso y desconocido aparato que parecía llamarlos con sus guiños de luz en las sombras del cósmico vacío sideral.

Parecía un gigantesco cangrejo. Hasta les pareció ver brillar los dos ojos, que más tarde fueron cuatro y luego ocho, a medida que se acercaban a la extraña nave. De su interior, y por las ocho redondas escotillas, se escapaba una intensa y brillante luz que parecía rodearla de un nimbo lumínico.

Giraron a su alrededor lentamente.

—Parece abandonada—dijo Carlos. —No es la de mi hermano. Ni nunca había visto una nave de esa forma.

—En eso lleva razón—medió el profesor—. En todo el Sistema de las Galaxias Unidas no se fabrican espacionaves de esas características. Esas líneas, tan antiestéticas y tan fuera de lugar para navegar por el espacio, parecen creadas por un genio desequilibrado, o por personas que no tienen la menor idea de lo que es el vacío.

—Bien, nada adelantaremos charlando aquí —dijo el financiero, encaminándose hacia uno de los empotrados armarios del muro—. Yo voy a ver qué contiene.

—Yo le acompaño—dijo Carlos.

—¿Va a dejar la nave sola?—se alarmó el profesor.

—No se preocupe, profesor—sonrió el piloto—. Esto la mantendrá

unida a la otra impidiendo que se aleje.

Presionó ligeramente sobre un botón blanco y del costado de la nave se desprendió un flexible y largo tentáculo que, perezosamente, se desenrollo hasta unirse otro aparato por medio de una ventosa de succción.

—Nosotros iremos delante por lo que pueda suceder—dijo Carlos penetrando en la esclusa—. Usted, profesor, encárguense de 1os rayos solares..., y no vacilen en usarlos aunque estemos fuera.

—¿Teme algo, señor Maston?—preguntó e1 ayudante.

—No lo sé, muchacho. Pero más vale estar prevenido.

Con un silbido escapó el aire al abrirse la puerta exterior y los dos hombres, convertidos en esféricos globos, al conectar los calefactores individuales que hacían dilatar el aire contenido en el interior de los trajes de vacío, se lanzaron hacia adelante, sujetos al cable de nylon-plástico que unía las dos naves.

No les costó trabajo llegar hasta ella. Conectaron la suela magnética de sus zapatos a las planchas metálicas y caminaron hacia la escotilla próxima.

Poco pudieron ver a través de ella y, aquel poco, les mostró una cantidad de aparatos que ya conocían por haberlos visto en los museos de antigüedades de las Galaxias Unidas.

—¡Espacio!—exclamó Carlos asombrado—. Este cacharro debe de tener más años que el Pacto Sideral de Cleop.

—No sé cómo pueden atreverse a viajar en una nave así—contestó Allowahy a través del microreceptor de la escafandra—. Nosotros ya hace años que desechamos de nuestras naves este sistema.

—No se ve a nadie.

—Demos la vuelta. Tal vez por otra escotilla se vea algo—propuso el financiero.

En este momento la voz del profesor llegó hasta ellos:

—¿Ven ustedes algo interesante?

—No, profesor—costéate Carlos—. Vamos a mirar por otro lado.

Avanzaron lentamente. Cualquier movimiento en falso podía hacerlos desprenderse de la nave y lanzarlos al vacío, alejándolos en contados segundos a varias millas de distancia.

—¡Mire, Maston !—dijo Allowahy con sorpresa—. ¡Hay una brecha en el casco de la nave!

—Debió de tener un accidente y el frío del vacío acabó con sus ocupantes. Penetremos por ahí.

Allowahy fue el primero que llegó a la abertura del costado. Pero apenas había metido la cabeza por ella, se echó hacia atrás, lanzando una exclamación de horror.

Aquel brusco movimiento le podía haber costado la vida. Las suelas magnéticas se desprendieron y el impulso lo elevó

verticalmente en el vacío.

Carlos actuó rápidamente. Asentando firmemente los pies en las pulidas superficies, alargó la mano y lo agarró por un tobillo, tirando suavemente hacia abajo, hasta dejarlo en lugar firme.

Allowahy se sujetó a los bordes de la brecha. A través del «dury-plex» de la escafandra podía verse su frente cubierta de pequeñísimas gotas de sudor.

—¡Galaxias!—exclamó con leve temblor en la voz—. Creí que iba a convertirme en una nueva especie de asteroide.

—Poco faltó para eso. ¿ Qué fue lo que le hizo saltar de esa manera, Allowahy—preguntó Carlos. —Mire dentro de la nave… pero, agárrese antes, no le pase lo que a mí—contestó el financiero.

También el piloto respingó con asombro, y si no salió despedido como Allowahy, fue porque sus nervios estaban templados en aquella clase de espectáculos. Aun así y todo, no pudo, menos de exclamar:

—¡Por los siete satélites de Orbán! ¿Qué ha ocurrido aquí?

La escena que presenciaban sus ojos era verdaderamente impresionante. Siete hombres, en las más trágicas e inverosímiles posturas, yacían en la reducida sala de controles, con los cuerpos horriblemente mutilados por violentas explosiones. Pero no era esto lo impresionante sino los enormes cuajarones de sangre, que al igual que los cadáveres, flotaban en el vacío, adoptando las más extrañas e increíbles formas.

—Avise al profesor—dijo Carlos—. Yo voy a echar un vistazo por ahí dentro.

Y sin esperar respuesta de su compañero se introdujo por el hueco.

Un cuajaron de sangre parecido a un cefalópodo se interpuso en su camino. Lo apartó de un manotazo, con aprensión y asco, y sintió unas enormes náuseas al ver cómo saltaba en pedazos como si fuese cristal. El enorme frío estelar lo había convertido en cristalizado hielo. No quiso tocar ningún cuerpo. Sabía que saltarían en pedazos. Eran simples trozos de hielo con figura humana.

Se internó en la nave. Era de reducidas dimensiones y parecía no contener más tripulantes. Todo su sistema era antiquísimo, desde el

cuadro de mandos hasta las literas antichoque de las cabinas.

—¿De dónde serán estos tipos?—pensó—. No creo que quede en el Universo una raza tan atrasada como para usar esta clase de cacharros.

Fue al abrir la puerta de los, cuartos de aseo cuando lo vio. Se quedó parado en el dintel, con una mano en el tirador y la otra en el marco de la misma. Había tal expresión de idiotizado asombro en su cara que de haber tenido un espejo delante hubiese estallado en carcajadas. Pero no tenía delante un espejo, sino algo que se recostaba indolente contra uno de los mamparos del fondo. Algo que parecía

mirarlo con aquellos redondos y enormes ojos verdes, cubiertos de una placa vidriosa.

—¡Un hombre! — murmuró—. ¡Cosmos! ¿Pero, qué clase de hombre? Sí. ¿Qué clase de hombre era aquél?

La verdosa piel, llena de arrugas y grumos. La aplastada cabeza sin cuello. Los delgados brazos y las largas piernas, terminados unos y otros en garras y pies membranosos. Aquella enorme boca sin labios. Todo, todo en el le daba la extraordinaria apariencia de una gigantesca rana., pero, ¡de una rana humana!

Una de aquellas manos, parecidas a garras, descansaba sobre la culata de una pistola. Un viejo modelo casi olvidado, pero no por ello eran menos efectivas sus descargas energéticas.

Unas voces lo arrancaron de la contemplación de aquel extraño ser. El profesor y su ayudante, precedidos de Allowahy lo buscaban.

—¡Aquí, profesor!—llamó.

No tardaron en reunirse con él, y un escalofrío de horror recorrió al trío al ver al hombre-rana.

—¡Vacío!—dijo por fin Allowahy—. ¿Qué… que clase de bicho es ése?

—No lo sé. No le he pedido la placa de personalidad—contestó Carlos—. Creo que el profesor puede indicárnoslo mejor que nadie.

—Esto…, yo…, pues… Creo que se equivoca, Maston—replicó el científico—. No sé qué clase de ser es. Ni nunca hubiese imaginado nada semejante.

—En ninguno de los Estados de las Galaxias Unidas se dan seres como éste—dijo su ayudante—. Y casi estoy por asegurar; que en ninguna parte del Universo explorado por los humanos.

—De eso puede estar seguro—aprobó el piloto—. He recorrido infinidad de veces el vacío, y nunca oí hablar de algo parecido.

—No olvide, amigo Maston—dijo el profesor—que el Cosmos es infinitamente grande y que este ser puede venir de cualquier parte de él que nosotros ni hemos soñado en alcanzar.

—O sea, profesor, que este ser puede venir del «más allá» que nosotros conocemos—dijo Allowahy.

—Pudiera ser. De ese más allá que nosotros llamamos Infinito.

—Volvamos a nuestra nave—dijo Carlos—. No me gustaría encontrarme en ella con otro bicho así.

—¿No le echamos un vistazo a esto?—preguntó Allowahy.

—¿Para qué? No creo que saquemos nada en limpio de esto—protestó el piloto.

—Bien se ve que usted no es hombre de ciencia, amigo Maston—dijo el profesor—. Solo perderemos unos minutos en ello.

—¡Anda!—gruñó Garlos—. ¿Y usted era el que no quería que viniésemos a verla?

Nada de interés pudieron encontrar en la nave. Las armas eran todas de carga energética y modelo anticuado. En cuanto al origen de los tripulantes o del monstruo, nada pudieron saber. Sobre el tablero de navegación unas cartas espaciográficas de un sistema desconocido.

—Nada—gruñó el profesor—. Estos hombres vinieron de algún lugar desconocido. —¿Y el monstruo?—preguntó Carlos. —Pudo venir con ellos en la nave. ¡Quién sabe!—dijo encogiéndose de hombros. —Solo ellos lo podrían decir y est... Allowahy dejó sin concluir la frase. Unos leves ruidos llegaban hasta ellos, amortiguados por la distancia. Sonaban hacía el fondo de la nave. ¡Donde estaban los cuartos de aseo!

—¡No, no puede ser!—tartamudeó Runhny, el ayudante del profesor—. ¡Estaba muerto!

Se miraron unos segundos. En el cerebro de todos bullía la misma sospecha: ¡EL MONSTRUO!

Fue Carlos, más acostumbrado a las situaciones difíciles, el que, extrayendo la pistola solar de la funda, avanzó por el estrecho pasillo, hacia 1os cuartos de aseo, donde seguían escuchándose los golpes.

Los demás lo siguieron. Allowahy había empuñado también el arma que pendía a su costado y no perdía ojo de la puerta, que, con infinitas precauciones, iba abriendo el piloto. Todos los ojos se posaron en el hombre-rana.

Seguía igual que cuando lo vieron por primera vea, sin embargo, los golpes seguían llegando hasta ellos, ¡y procedían de aquella habitación!

Carlos Maston, se asomó, metiendo la cabeza detrás de la puerta. Esperaba de un momento a otro el golpe que se estrellase contra su cráneo, o el disparo que se lo volase, procedente de una de aquellas armas antiquísimas que poseían los tripulantes de aquel cascarón de huevo.

Pero nada de esto ocurrió y el piloto pudo terminar su maniobra, descubriendo una pequeña puerta. Tal vez un armario para útiles de aseo.

Allowahy no se ando con tantas precauciones. Saltó dentro de la estancia, encarando su arma sobre el posible enemigo que seguía golpeando débilmente el metálico mamparo.

—No dispare, Allowahy—murmuró Carlos—. Interesa saber qué hay detrás de esa puerta.

—Puede ser otro de esos bichos—objetó el financiero.

—Es lo mismo. Haga fuego solo en caso de verdadera necesidad.

El profesor y Runhny se había colocado a espaldas de Allowahy y en sus rostros se podían leer toda una serie de dispares expresiones.

Carlos giró lentamente el pomo de la puerta, lo mantuvo así unos segundos y, haciendo un gesto con los ojos a Allowahy, la abrió de

golpe saltando rápidamente de costado.

En el reducido espacio de aquel armario, lleno de los más heterogéneos objetos, y rodeado de pequeños charcos de sangre que flotaban en el vacío, había un hombre que encaraba hacia

ellos una de aquellas pistolas de carga energética.

Vestía un extraño traje de vacío y la enorme escafandra transparente dejaba ver un rostro enérgico de unos treinta y cinco o cuarenta anos. El cabello, rojizo, estaba enmarañado y lleno de sangre seca.

Había una expresión tal de terror que parecía hubiese estado esperando ver aparecer algún ente diabólico o..., tal vez, al monstruoso hombre-rana que yacía a espaldas de los expedicionarios.

Su expresión se trocó en otra de asombro. Luego una sonrisa entreabrió sus labios y un suspiro de alivio pareció escapar de su pecho.

Dejó caer la pistola, que quedó flotando junto a él, y alargando los brazos dio unos pasos vacilantes hacia Carlos, sin conseguir llegar a él. Se quedó inerte, flotando en el vacío en desmadejada posición, sujeto al suelo por las ventosas de sus zapatos de astronauta.

—¡Se ha desmayado!—dijo Carlos, saltando hacia él.

—¡Está herido!—exclamó Allowahy, saliendo de su asombro.

El profesor y Runhny se acercaron al desconocido. ayudando al piloto a sujetarlo, mientras Allowahy desconectaba las ventosas de los zapatos, cosa por demás innecesaria, puesto que allí no existía la gravedad y el cuerpo no hubiese podido caer.

—Escuche, profesor—dijo Runhny—. ¿Cómo pudimos oír los golpes si en el vacío no se propagan los sonidos?

—Eso es fácil. Fíjate en la escafandra de ese hombre. El, como nosotros, también lleva un emisor-receptor, con él transmitió los golpes, o su respiración, o lo que fuera, guiándonos hasta aquí.

—¿Y antes? ¿Por qué no loa oímos antes? —preguntó Allowahy.

—Tal vez porque este hombre estaba desvanecido o tendría el receptor cerrado.

—Parece estar bastante mal—dijo Carlos, que atendía al herido—. Creo conveniente llevarle a nuestra nave y tratar de hacer algo por él.

—De acuerdo, Maston—opinó Allowahy—. Vamos allá.

Poco después, los cinco hombres flotaban en dirección al “Kronos” que parecía deseoso de continuar atravesando los espacios de eternas sombras que guardaban, secreto como el más celoso de los guardianes, lo que había al otro lado de ellas.

El «Kronos», como una flecha lanzada al cénit, cruzaba en aquellos momentos una ingente barrera de negrura, tachonada a lo lejos por brillantes puntitos de luz.

Había transcurrido una semana, según el calendario automático de la cámara de derrota de la nave. El herido parecía haber recuperado toda su energía bajo los cuidados del profesor, y ya abandonaba la litera, mirando curiosamente todo lo que le rodeaba.

Aún no habían oído una palabra de sus labios y los expedicionarios llegaron a pensar si sería mudo, pues, ni la más ligera exclamación, ni el menor monosílabo había dejado escapar.

Aquella mañana Allowahy miraba distraído a través de la transparente cubierta de la escotilla. Distraídamente extrajo el paquete de cigarrillos y se llevó uno a la boca, al tiempo que conectaba el aspirador de humos. No se dio cuenta de que el “forastero” se acercaba por detrás. La primera señal de ello la tuvo cuando ante su rostro, apareció una mano armada de un encendedor lumínico. Aspiró una larga bocanada *y* se volvió sonriente diciendo:

—¡Gracias!

Casi se le cayó el cigarrillo de la mano al ver ante él al hombre que consideraban poco menos que salvaje, en relación con ellos. Pero su sorpresa llegó al límite al oírle decir en su propio idioma:

—No hay de qué, señor Allowahy.

—¡Galaxias!—exclamó el financiero—. ¡Usted! ¿Usted habla nuestro idioma?

—Ya ve que sí. Su idioma y el mío son el mismo, aunque, por lo que he podido colegir por sus conversaciones y por cuanto nos rodea, nuestros mundos son distintos.

Tanto el piloto, como el profesor y su ayudante, se habían acercado, llenos de sorpresa. Nunca habían imaginado que aquel hombre, recogido en el espacio de una forma un tanto rara, y sobre el que tantas cábalas habían hecho, hablase perfectamente su propio idioma.

—¿Cómo es posible esto?—preguntó el profesor—. La nave en que lo recogimos era de un modelo tan fuera de lugar en nuestro sistema que dimos por sentado que no era de… Además estaba aquel monstruo.

—Ya le he dicho, profesor, que pertenecemos a mundos distintos, aunque ello no es óbice para que los idiomas sean los mismos.

—Es lo más raro que he oído en mi vida —gruñó Carlos—. Conozco todos los mundos de punta a punta del Universo y nunca he visto nada semejante a aquel sapo.

—¡Perdón, señor Maston!—dijo el “forastero” con una sonrisa—. Aquello no era un sapo. Ya sé que a ustedes les pareció *algo* horrible

solo capaz de vivir en la exaltada imaginación de un autor de novelas de “anticipación”. Pero dentro de su monstruosidad, “aquello” era un ser humano.

—¡Está loco!—exclamó el piloto—. ¿Cómo iba a ser un hombre?

—Lo era, señor Maston. Y al igual que aquél, los hay a centenares en el mundo del que vengo. Pero, veo por sus gestos, que no me creen. Bien, les contaré una vieja historia. La historia de mi mundo. Pero no voy a cansarles empezando desde su creación en el espacio. Les contaré solamente y a grandes rasgos el principio del fin.

Alargó la mano y cogió un cigarrillo. Lanzó una delgada espiral al techo, que se tragó el aspirador, y dejándose caer en una de las literas, fijó sus ojos en el exterior, cubierto de sombras, y empezó con voz suave, ante la expectación y silencio de los expedicionarios:

—Todos los hombres de mi mundo son como ustedes y como yo, bueno, todos no, existe otra raza, pero a eso ya llegaremos después. Mi mundo estaba dividido en Estados, no como las suyas, sino países independientes unos de otros y al frente de cada cual había un jefe o presidente. Nuestro planeta, desde que fue creado en e1 Cosmos, siempre ha sido guerrero, y por un quítame allá esas pajas se liaba en una cruenta guerra sin importarles las vidas que se perdían, ni los destrozos que se causaban. Un día descubrimos el átomo, y las guerras tomaron caracteres espantosos. Después fue la navegación a otros planetas y llevamos a aquellos mundos nuestras ambiciones y nuestros defectos.

»Un día, sin saber el porqué ni el cómo, una espantosa lluvia de proyectiles de cobalto y bombas de hidrógeno barrió de la faz del planeta todo signo de vida. ¿Quién empezó? ¿De quién fue el primer proyectil? **¿Qué** importaba eso? Lo cierto es que aquel viejo mundo se vio asolado por las explosiones nucleares y, los que no murieron de ellas, lo fueron haciendo después a causa de las radiaciones. Solo un pequeño grupo logró aislarse debidamente. En aquel refugio bajo tierra dejaron transcurrir el tiempo sin atreverse a mirar el exterior. Allí fueron multiplicándose. Excavaron el subsuelo y construyeron una gran ciudad. Fueron años y años de dura labor, sin máquinas, sin fábricas, sin nada de lo más preciso. Guiados solamente por lo que recordaban los más viejos o por los libros de la biblioteca del refugio. Así transcurrieron los años. ¿Cuántos? ;Qué importa! Muchos y largos, de constantes esfuerzos y sacrificios.

»A1 fin, un día, pudieron salir a la superficie. Sobre la corteza del planeta se había desarrollado una vegetación exuberante que dominaba todo. Pero también habían seres espantosos. Monstruos horribles.

—¿Como el que iba en su aeronave?—interrumpió Carlos.

—No. Mucho más terroríficos. De alturas descomunales y de

especies desconocidas. Pero no fue aquello lo más sobrecogedor.

»E1 planeta seguía manteniendo un alto grado de radiactividad... que no mataba. Convertía en monstruos a todo ser viviente que respiraba su atmósfera. Muchos fueron los que quedaron fuera. Muchos los que atraídos por la singular belleza del exterior o enloquecidos por el constante encierro en la ciudad subterránea, no volvieron jamás. Así nacieron los hombres-rana. Después, todo aquel que cometía un delito era arrojado al exterior como castigo.

»Giró muchas veces nuestro mundo sobre su eje antes de que nuestros sabios descubrieran que aquellas explosiones que habían devastado el planeta, habían destruido también, desintegrándolos, los demás mundos que formaban el Sistema. Hasta el propio sol había dejado de existir.

»Aquel terrible Apocalipsis había afectado a mi planeta de tal forma, que él mismo se producía la luz y el calor. Su suelo despedía una extraña fosforescencia que lo sumía en un eterno día. Pero, no es esto lo más espantoso, amigos. Lo verdaderamente terrible es..., que cuando mi nave despegó de su suelo, cuando abandonamos su atmósfera, desapareció de golpe ante nosotros, sin que nuestras pantallas pudieran encontrar señales de él. Ni aun el propio radar lo «marcó».

—¿Quiere decir que se desintegró?—preguntó Allowahy. -

—No. Simplemente que... ¡Es un planeta ultravioleta!

El estupor pareció dejar sin habla a los expedicionarios. Un silencio profundo pareció dominar el interior de la aeronave. Luego, el profesor Parrish, lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Era cierto! ¡No me equivoqué. Mis estu dios no han sido en vano! ¡Ya enseñaré yo a esos cretinos de allá abajo...!

—¿Dice que es ultravioleta?—preguntó el multimillonario Allowahy todo anhelante.

—Sí. Eso he dicho. Y puede que sea el mismo en el que cayó su hermano—contestó el hombre.

—¿Cómo sabe usted eso?—saltó Carlos.

—Se lo he oído comentar muchas veces, mientras ustedes creían que yo dormía o no les entendía. Les he estado estudiando durante todo este tiempo y sé cuál es su misión. Llévenme a mi mundo, si cayó allí les ayudaremos a buscarlo...

—¿No dice que todo el que respira aquella atmósfera se convierte en monstruo ?—gruñó Carlos.

—Es cierto—musitó el «forastero» con amargura.

—Aun así y todo debemos ir—apremió Allowahy—. Puede que mi hermano esté en esa ciudad subterránea.

—Está bien, Allowahy—contestó el piloto—. Usted es el que ha pagado esta expedición, y usted manda. ¡En marcha hacia ese mundo!

El profesor se había sentado junto al «forastero», ansioso de saber cosas de aquel mundo que él había presentido.

—Dígame...

—Mi nombre es Zoltán.

—Dígame, Zoltán. cuénteme algo más de su mundo—pidió.

—Poco queda que contar, profesor. Carentes de técnica, nos hemos limitado a copiar todo lo que había en los libros de nuestros antepasados. Por eso aquella nave, al igual que las armas o los trajes del espacio, eran de un modelo tan antiguo para ustedes. Creímos que con la nave aquella podríamos abandonar nuestro mundo y buscar otros donde trasladar a nuestros hermanos. Pero, ya vio lo sucedido. Esas naves solo sirven para viajes interplanetarios y no aguantan las rutas intergalácticas.

—¿Por qué quieren abandonar su mundo, Zoltán?

—No es nada agradable vivir siempre bajo tierra, profesor.

—¿Y el monstruo?—preguntó Carlos. El piloto había creído ver una evasiva en la respuesta dada al profesor, por eso lanzó la pregunta-sonda.

Creyó ver un ligero parpadeo en el rostro de Zoltán. Un gesto duro ensombreció sus facciones, pero fue cuestión de unas décimas de segundo lo que duró aquel brusco cambio, luego, su faz volvió a ser la misma de antes.

—Debió de meterse en la nave en un descuido. Tal vez, también tratase de huir de aquel mundo. Cuando lo descubrimos, mató a uno de mis compañeros, apoderándose de su arma y haciéndonos frente. Su enorme vitalidad le hizo acabar con todos, aún estando herido. Yo logré escapar al advertir el agujero que uno de los disparos había producido en la pared de la nave. Imaginé que la presión interior desgarraría el panel. Logré, herido como estaba, llegar al armario donde guardábamos los trajes, de vacío y colocarme uno. En aquel momento escuché el silbido del viento al escapar al exterior por la brecha y no me atreví a salir. Debí de perder el conocimiento. Pues solo recuerdo que lo pri mero que llegaron a mis oídos fue el sonido de unas voces dentro de la nave. Fue cuando pedí auxilio y llegaron ustedes.

El piloto pareció convencido con las explicaciones de Zoltán, pero dentro de su cerebro, una lucecita parecía encenderse y apagarse, y cuando aquello sucedía, era que la materia gris de Carlos Maston estaba en pleno funcionamiento porque algo no iba bien.

—Bien, bien—murmuró para sus adentros—. Hay algo raro en tu relato, amigo. Algo que ahora no puedo precisar qué es. Seguiremos tu juego hasta que te descubras, pero como trates de jugárnosla te voy a convertir en una bonita bola de dorado humo.

Transcurrieron lentos los días. Siguiendo las indicaciones de Zoltán

y gracias a las cartas astrográficas de navegación que el profesor se trajera de la nave siniestrada, navegaron directamente hacia su punto de destino.

A los veinte días de recoger a Zoltán, los tripulantes del «Kronos» se hallaban preparados para un eminente aterrizaje.

Llevaban ya veinticuatro horas, turnándose rigurosamente. Las guardias duraban de cuatro horas y media a cinco. El que estaba de «puesto» no se separaba de la ˆcotilla de proa y vigilaba, de vez en cuando, las pantallas de radar.

—¡Aquí está!—gritó Zoltán que permanecía de guardia en aquel momento—. ¡Miren!

Arrancados bruscamente del sueño por las voces del vigía, los expedicionarios saltaron de las literas, arrojándose, casi, sobre la escotilla.

Pero la decepción más grande se pintó en sus rostros. En el exterior solo se veía una inmensa barrera de negrura, espesa, impenetrable. Un verdadero muro de sombras.

—¿Dónde?—preguntó Carlos, escéptico.

—Delante de nosotros, señor Maston. Tan cerca, que casi puede decirse que podemos tocarlo con las manos. ¿Ve esas sombras que nos rodean? Pues «más allá de las sombras».

—Entonces, amigo mío, siento decirle que ya podían montar en él una central lumínica para... ¡Cielos!

De golpe, como surgido de la nada, había aparecido ante ellos el planeta gigantesco de verdosas tonalidades, que parecía fosforecer con una aureola azulada.

—¡Ahí lo tienen!—dijo Zoltán, con orgullo mal reprimido—. Ese es mi mundo.

Ninguno pronunció palabra. Miraban extasiados la salvaje belleza de aquel globo celeste. La lujuriante vegetación parecía cubrirlo todo. En algunos puntos se veían las ruinas dé las antiguas ciudades. Pequeñas hebras de plata parecían correr mansamente hacia los diminutos lagos de aquel planeta.

—¡Es... es maravilloso!—murmuró Runhny.

—Nunca creí que existiera algo igual—contestó Allowahy.

—Una belleza que encierra algo mil veces peor que la misma muerte—gruñó el piloto.

—No puede dejar sus agoreros pensamientos, señor Maston—replicó el profesor de mal talante—. Parece usted un pájaro de mal agüero.

—El señor Maston lleva razón, profesor—dijo Zoltan—. No debe de olvidar oí peligro que en cierra esa belleza. Solo dentro de nuestra ciudad estarán a salvo de él.

—Pero, ¿no podremos admirar esa Naturaleza de cerca?

—-Equipados convenientemente sí, y con una fuerte escolta de nuestros soldados.

—Vamos a aterrizar—indicó Allowahy impaciente—. Indíquenos dónde, Zoltán.

El aludido se acercó a la escotilla e indicando unas cercanas montañas, dijo:

—Eso fue en tiempos una península. En el interior de esas montañas está nuestra ciudad. Coloqúese sobre ellas y descienda sobre un inmenso cráter que verá en su cumbre.

Una hora más tarde el rugido de los reactores aumentó en intensidad. Habían, entrado de lleno en la atmósfera del planeta.

—Empiece el descenso—ordenó Zoltán.

Carlos maniobró ligeramente los mandos y una amplia arruga surcó su frente. Volvió a repetir la maniobra y la preocupación se plasmó en su rostro. Accionó unos diales del cuadro de mandos y tiró con fuerza del árbol de control. No ocurrió nada.

Entonces, lentamente, se volvió hacia los cuatro hombres que de nada se habían dado cuenta y con voz opaca anunció:

—No responden los controles de la nave. ¡Estamos sin gobierno!

Como movidos por el mismo resorte se volvieron los cuatro. En tres rostros se podía leer la terrible zozobra, natural de aquellos momentos. En el cuarto rostro, solo había una expresión de odio, de rabia espantosa, que lo defor maba de tal manera, que hacía irreconocible al hasta entonces sonriente Zoltán.

—¡Maldito Kruno!—rugió el hombre, fuera de sí—. ¡No lo conseguirás!

Como un poseso se arrojó sobre los mandos, despidiendo de ellos al piloto de un fuerte empujón, y tiró del árbol de control con todas sus fuerzas, al tiempo que daba toda la presión a los tubos.

—¿Está loco?—gritó Carlos saltando hacia él—. ¿Quiere que volemos convertidos en moléculas? ¡Quite fuerza a esos tubos, idiota!

Quedó detenido en su salto al ver el arma que había aparecido en la mano del hombre.

—¡Quédese donde está, señor Maston!—ordenó—, ¡Y ustedes lo mismo! ¡Al que intente llegar a mí lo dejo seco!

—No sea loco, Zoltán—intervino el profesor—. Usted no conoce el manejo de la nave...

—Ni ustedes el poder de Kruno—contestó sin dejar de encañonarlos-—. No permitiré que esta nave caiga en su poder, ¿comprenden? Antes prefiero volver al espacio.

—Díganos quién es ese Kruno—dijo Alowahy—. Tal vez podamos ayudarle nosotros contra él.

—Poco pueden ustedes hacer. Su poder es inmenso y alcanza a miles de millas. Creí haberlo burlado, pero debió de escuchar nuestras

conversaciones…

—¿Cómo es posible eso?—preguntó Carlos—. Nuestro emisor ha estado cerrado.

—¡Emisor!—rió Zoltán nerviosamente—. ¿Para qué lo necesita él? Le basta con sus ondas mentales y, no sólo para oír y ver, sino para formar barreras impenetrables o para arrastrar a sus enemigos a su guarida.

Hizo una pausa y paseo la mirada por sus cuatro compañeros, luego agregó sarcástico:

—¿Creen que los mandos se atascaron solos? ¿O todavía no se han dado cuenta de que somos arrastrados por una fuerza invisible, fuera de nuestra ruta?

Arrojó la pistola hacia el profesor que la atrapó al aire y, luego, encarándose con Carlos, añadió:

—Ande, Maston. Coja los mandos, reviente los motores si es preciso, pero no permita que caigamos en sus manos. Sería para nosotros algo espantoso.

—Pero…, pero…,—tartamudeó Runhny aterrado—: ¿Quién es ese Kruno?

Zoltán miró al muchacho unos instantes, luego, sin contestar les dio la espalda y se puso a mirar por la escotilla.

En dos zancadas Carlos Maston llegó junto a él y cogiéndolo del hombro le hizo girar en redondo, hasta darle la cara.

—¿Quién es Kruno, Zoltán?—preguntó fríamente.

El hombre lo miró un largo rato fijamente, luego, roncamente, con acento de coraje mal reprimido, contestó: —¡Kruno es… el jefe de los hombres-rana!

¡Los frenos de reacción! ¡Nos estrellamos!

Runhny había lanzado aquel desgarrador grito. Carlos accionó prestamente el rojo botón y al conjuro de su acción respondió un sordo trueno, amortiguado por las paredes de la espacionave.

Los turbo-frenos, con su potente estampido, habían entrado en liza contra la fuerza de gravedad del planeta. Solo unos segundos bastarían para saber si con efectividad.

Carlos comprendió perfectamente la gravedad del momento y dio a las turbinas su máxima potencia, que se transformó en intenso calor en el interior del «Kronos».

Cada cual, aferrado fuertemente a cualquier saliente que garantizase el suficiente apoyo, contemplaba por la pantalla inferior el descenso vertiginoso, esperando el instante supremo. Este, aun esperado, sobrevino de improviso y su dureza fue tal que todos rodaron por el suelo. no tardando en ir a estrellarse contra la pared cuando la espacionave, después de su violento encuentro con la corteza del planeta, se derrumbó de lado. Después de algunos crujidos se restableció el silencio. Hasta los turbo-frenos, cuyo funcionamiento nadie había hecho cesar, dejaron de oírse.

Los gritos y las. voces se elevaron en el interior de la cámara. Carlos pidió silencio.

—Es necesario—dijo—, que todos recobremos la calma. Nada se va a conseguir con que nos pongamos a gritar. Lo principal es hacernos cargo de cuál es nuestra situación presente y sacar el mayor partido posible de ella.

Antes de que nadie pudiera responder a sus palabras, había llegado a la escotilla de proa. Su mirada recorrió el terreno, no tardando en volver junto a sus amigos.

—Estamos en terreno llano, cubierto de vegetación—explicó—. Si como nos ha dicho Zoltán, ese Kruno todo lo ve y nos ha traído aquí con sus ondas mentales, no tardarán en estar aquí varios de sus monstruos. Mi idea es salir de aquí cuanto antes y, guiados por Zoltán, encaminamos a su ciudad.

—Eso es, señor Maston—dijo el hombre, con una amplia sonrisa de satisfacción—. Debemos salir de aquí. No creo que tarden en llegar los hombres-rana.

—Que todos lleven la mascarilla de oxígeno puesta, para evitar el respirar esta atmósfera.

—No es solo al respirar—dijo Zoltán—. También el contacto con la piel produce la mutación.

—Entonces usaremos trajes de vacío. Lleven armas y alimentos concentrados en gran cantidad.

El piloto y el nativo fueron los primero» en descender sobre la

corteza del planeta, detrás lo hicieron Allowahy y el muchacho, y por último el profesor.

—¡Por allí!—ordenó Zoltán.

Se alejaron entre la vegetación. El nativo abría paso con un largo machete. Las plantas parecían retorcerse doloridas al caer cortadas.

La exuberante maleza, de colosales proporciones, desprendía una azulada neblina que dejaba escapar diminutas gotas de lluvia.

Y de entre la neblina, como surgido por ensalmo, salió el monstruoso hombre-rana cerrándoles el camino, mientras una de sus garras los encañonaba con la descomunal pistola energética.

No llegó a hacer uso de ella. Con una velocidad increíble, Zoltán le había volado la cabeza. Tan rápido había sido su gesto, que sus compañeros apenas habían tenido tiempo de captar sus movimientos. En un tiempo infinitesimal, el nativo había extraído el arma de su costado, soltando el machete, y disparando contra el monstruo con una puntería asombrosa.

Se volvió hacia sus compañeros, mientras enfundaba el arma.

—Era una de las avanzadillas de Kruno—dijo—. Debemos andar con ojo avizor.

La monotonía del paisaje era aplastante; hasta donde alcanzaba la vista todo estaba cubierto de aquel maremágnum de verdor. Llevaban varias horas caminando sin encontrar vestigios de las hordas de Kruno. Las gigantescas ramas formaban sobre ellos un espeso muro que caía a tierra a ambos lados formando un túnel.

El nativo había cedido su puesto a Allowahy y éste descargaba el machete sobre las plantas. abriendo un estrecho sendero. Hubo un momento en que vio el camino interceptado por el grueso tronco de un árbol caído. Dudó unos segundos entre dar un rodeo o seguir adelante. Optó por lo último y, apoyándose en él sobre el vertical machete, saltó al otro lado recargando su peso sobre el arma. El acero se hundió unos centímetros en la rugosa corteza **y...** los árboles gigantescos devolvieron centuplicado el pavoroso eco de un extraño y espeluznante rugido.

Describir con palabras el aspecto del formidable monstruo que se había erguido amenazador al notarse herido es tarea nada fácil.

El gigantesco corpachón, cubierto por enormes placas óseas de cierta similitud a la de los grandes saurios, tendría una altura no inferior a los quince metros. Cinco pares de patas, gruesísimas y escamosas, se alineaban simétricamente a ambos lados del ciclópeo tronco.

Del mismo arrancaba un largo cuello rematado por sendas cabezas armadas, respectivamente, por una aguja córnea. Los ojos, intensamente rojos desaparecían a intervalos entre unos repliegues de la piel, dando la sensación de parpadeo. La boca se abría,

desmesurada y provista de potentes defensas, al final del alargado morro de cada una de las cabezas.

Se había erguido amenazador sobre los dos últimos pares de patas, con lo que su aspecto era doblemente imponente y sobrecogedor. Les miraba intensamente, mientras lanzaba aquellos rugidos aterradores. Carlos echó mano a su pistola solar disparando velozmente contra el monstruo. Deslumbrantes fogonazos surgieron del cuerpo del bicéfalo, pero contra lo esperado por el piloto, el animal no pareció sentir los efectos de las descargas y solo sirvieron para irritarlo más.

—¡Galaxias!—exclamó aterrado Allowahy, que se había unido a sus amigos—. ¡No le hace nada!

—¡Rápido!—ordenó Zoltán—. ¡Huyamos de aquí!

No llegaron a hacerlo. Un enorme brontosaurio surgió a espaldas del bicéfalo y con un impresionante saltó cayó sobre él.

El «bicéfalo» comprendió la naturaleza del peligro en que se hallaba y a toda prisa trató de revolverse, pero ya el «brontosaurio» le había alcanzado en el descomunal salto, haciendo presa en la parte superior del lomo. El bicéfalo lanzó un rugido de dolor. Su adversario le había sujetado con las garras de sus cortas patas delanteras y apretaba sus mandíbulas intentando destruirle la espina dorsal.

—¡Es nuestra ocasión!—apremió Zoltán—. ¡Vamos, vamos!

La patética carrera finalizó cuando Runhny, el joven ayudante del profesor, cayó al suelo agotado por el cansancio.

—Hagamos un descanso—dijo el profesor, jadeando—. Runhny no puede más... y yo tampoco.

Se dejaron caer sobre la hierba. El sudor corría dentro de sus trajes de vacío y tuvieron que graduar la temperatura interna para evitar que se formase vapor en el «duryplex» de la mirilla.

El descanso duró tres horas que no se vieron turbadas por el menor incidente.

Nuevamente la comitiva se puso en marcha. Las jornadas anteriores se sucedieron con exasperante monotonía. Una multitud de extraños pájaros emprendieron el vuelo en todas direcciones al ver invadidos sus lares por seres extraños. Muchos de ellos estaban provistos de membranas, en lugar de plumas, lo que les daba el aspecto de gigantescos murciélagos; otros tenían el pico en forma de tijera semejante a los «marabús», pero con una doble hilera de dientes. Serpientes voladoras y reptiles de lo más variado, cruzaban el bosque en todas direcciones.

Poco a poco aquella impenetrable selva se fue aclarando y no tardaron en salir al borde de una extensa pradera de altas hierbas. A lo lejos, como a una hora de camino, se veía una colina formada por diferentes capas de rocas, que brillaban con unos reflejos de variados colores,.

—Vamos hacia allá—dijo Zoltán—. Buscaremos refugio mientras pasa la tormenta.

—¿Tardaremos mucho en llegar a su ciudad, Zoltán?—preguntó el financiero.

—No. En cuanto pase la tormenta atravesaremos esta pradera y al otro lado encontraremos un puesto avanzado de mis compatriotas.

El cielo se había encapotado de tal forma que parecía como si una inmensa capa de algodón negro envolviese el planeta. La neblina azulada se reflejaba en ellas dándole un aspecto fantasmagórico.

Entre aquellos espesos nubarrones brilló un relámpago y un enorme trueno, que hizo retemblar la tierra. Les obligó a apresurar el paso.

Enormes gotas empezaron a “subir” hacia las nubes. Los expedicionarios quedaron aterrados ante aquel fenómeno de la Naturaleza. ¡LLOVIA HACIA ARRIBA!

Y fue Zoltán el que, una vez alcanzada la colina y resguardados en una pequeña gruta, les explicó el porqué del terrible cambio sufrido por la lluvia para realizar sus funciones a la inversa.

—Este es otro de los misterios de mi mundo —dijo—. Las nubes, cargadas de energía magnética, absorben el agua de la tierra, produciendo una constante evaporación. Pero no la absorben en forma de vapor porque aquí no hay sol, sino en estado líquido. Ignoramos dónde va a parar después, pues no vuelve al planeta. Lo cierto es que mi mundo cada día es más seco y encontrar agua cada vez es más difícil, pues hasta los lagos descienden de nivel constantemente, amenazando con secarse.

Aquella tormenta parecía interminable. Durante horas y horas las negras nubes, entre las que brillaban cegadoras descargas eléctricas, siguieron absorbiendo el agua de la tierra. Unas veces la lluvia torrencial cesaba, pero entonces era sustituida por un imponente aparato eléctrico que presagiaba un recrudecimiento de la fantástica absorción. El terreno se hallaba impracticable. Una espesa capa de Iodo rojizo cubría toda la extensión de terreno que abarcaba la vista.

Al fin cesó aquella tormenta y Zoltán dio la orden de marcha. Descendieron de la colina por el lado opuesto. A lo lejos, entre aquella neblina azul, se vislumbraban las rocosas moles de unas montañas.

—¡Allí está mi ciudad!—dijo el nativo. Y en ese momento el profesor lanzó un grito de terror.

Había visto a un lado del camino una rara flor y al tratar de cogerla se había hundido hasta la cintura en el espeso barrizal.

—¡Cuidado!—gritó el piloto—. ¡Estamos sobre un pantano!

—¡No se salgan del camino!—rugió Zoltán, deteniendo a Carlos que se dirigía hacia el profesor—. ¡Esténse quietos!

—Pero, ¡no vamos a dejarlo ahí!—protestó el piloto.

—Use la cabeza, Maston. No sea impulsivo. Arrancó una rama y la tendió al profesor que se cogió nerviosamente a ella, pero al tirar, la rama saltó en pedazos.

El profesor apretaba los labios para no dejar escapar los gritos que subían a su garganta, pero sus ojos, horriblemente desencajados, decían bien a las claras todo el espantoso terror que lo dominaba.

—Sujétese a esas ramas—ordenó el piloto a Allowahy. Al muchacho le dijo—: Usted, Bunhny, ayúdele. ;Y que Dios les dé fuerzas para sostenernos!

Antes de que Zoltán pudiera darse cuenta de qué era lo que se proponía el joven, ya estaba Carlos dentro de la ciénaga, entre el profesor y la orilla.

Una imprecación se escapó de sus labios al comprobar que aún le faltaba más de medio metro para rozar con sus dedos la mano más próxima del científico.

Zoltán saltó tras él y así, formando una cadena humana, uno de cuyos extremos eran Allowahy y el muchacho y el otro el profesor, fueron retirándose lentamente hacia la orilla.

La succión del pantano era terrible y, pese a que el profesor apenas distaba de la orilla unos dos metros, les costó cerca de veinte minutos el hallarse en tierra firme. No hubo palabras. Unicamente el jadeo angustioso de sus agitadas respiraciones rompía el silencioso gorgoteo de la ciénaga.

Un ahogado grito de Runhny los arrancó de aquella inmovilidad.

—¿Qué ocurre?—preguntó Carlos.

El muchacho le indicó con el dedo en dirección a la colina. Aquella respuesta tácita fue suficiente, porque todos pudieron ver sin dificultad la cohorte de monstruosos hombres-rana que, armados, avanzaban hacia ellos entre las altas hierbas, con toda clase de precauciones.

A los expedicionarios les había parecido horrendo el monstruo de la aeronave de Zoltán, pero, ahora, a la difusa luz azulada, aún les parecieron mucho más repulsivos.

—¡Rápidos!—ordenó Zoltán—. ¡Escóndamonos entre la hierba!

Como reptiles, los expedicionarios, desaparecieron de la vista de los hombres-rana. Hubo entre éstos un movimiento de sorpresa, pero el que parecía mandarlos lanzó unas chirriantes ordenes y los monstruos se desplazaron en un amplio círculo hundiéndose en las hierbas. Carlos, en un lento arrastrar sobre el fangoso suelo, creyó ver una sombra que se deslizó veloz entre los tallos.

No estaba seguro de ello, por lo que no prestó mayor atención, esperando que se produjera algún ruido o que volviera a aparecer. Y poco después escuchó un tenue roce, casi inaudible, pero no preciosamente en la dirección que él esperaba, sino a su derecha, casi

tras él.

Se revolvió con rapidez, dispuesto a emplear el arma que empuñaba, mas no tuvo tiempo para hacerlo; una sombra humana de rugosa piel y cabeza aplastada saltó sobre él, haciéndole rodar sobre el barro. Rodó abrazado a su enemigo y esto le impidió una acción inmediata.

El hombre-rana saltó de nuevo sobre Carlos. El piloto había perdido el arma en el primer encontronazo y algo análogo debió pasarle a su antagonista. El expedicionario no pudo esquivar la acometida, y nuevamente rodó por el suelo abrazado a su agresor. Logró sujetarlo por el cuello, y le envió un feroz derechazo que alcanzó de lleno su objetivo. El monstruo salió despedido como si se tratase de un pelele.

Carlos saltó en pie y corrió hacia su enemigo. Sin embargo, no pudo llegar; varios de aquellos seres brotaron de entre las hierbas cerrándole el paso. El piloto lea hizo frente, moviendo sus puños a velocidad meteórica. Dos de aquellos monstruos rodaron por el suelo, pero la superioridad numérica acabó por derribarlo.

Se vio perdido cuando uno de aquellos seres encaró hacia él la negra boca de una pistola energética. En aquellos ojos redondos y fríos podía leer tu sentencia de muerte. El dedo se curvó sobre el gatillo y..., el hombre-rana se convirtió en una dorada bola de humo.

Nuevas descargas volatizaron a otros monstruos. Se vio libre instantáneamente cuando los demás echaron a correr dejándolo solo. Saltó en pie y miró al sitio de donde procedían las descargas.

En una pequeña prominencia del terreno, Allowahy, el profesor y Runhny hacían funcionar las pistolas solares sin descanso. También el nativo usaba la suya volando en'pedazos a cuantos caían bajo su punto de mira.

—¡Aquí, Maston!—gritó el nativo.

El piloto no se hizo repetir la orden. Corrió agachado hacia ellos esperando de un momento a otro sentir el golpe del proyectil que lo haría estallar en pedazos. Pero nada de esto sucedió y pudo reunirse con sus amigos sin el menor contratiempo.

Nuevamente volvió a reinar el silencio en cuanto dejaron de disparar. De los hombres-rana no se veía el menor rastro.

—Sin embargo están ahí—dijo Zoltán—. Esperando el menor descuido para acabar con nosotros.

—Pero, ¿por qué ese odio a muerte entre ustedes, Zoltán?—indagó Allowahy.

—Nosotros no los odiamos. En un tiempo los tratamos como a amigos, como hermanos nuestros que son...

—Cosa que no les impide, según usted, mandar a los castigados a convertirse en eso—dijo el piloto.

—Tal vez sea eso lo que les hace odiarnos. Puede que nos crean culpables de su transformación.

—¿Y no lo son?—remachó Carlos sarcástico.

—No—replicó Zoltán enérgicamente—. Cometieron un delito y recibieron su castigo.

—Hay otras formas de castigar, Zoltán.

—¿La pena de muerte? ¿Las prisiones? No. Eso lo usaron nuestros antepasados y no evitaron que los hombres siguieran infringiendo las Leyes. Por eso lo desechamos de nuestro Código de Justicia. Es mayor el temor de verse convertido en monstruo. Desde entonces se cometen menos delitos en Nueva Fénix.

—¿Nueva Fénix?—se extrañó el profesor.

—Sí. Ese es el nombre de la ciudad subterránea.

—¡Fénix. El ave que resurge de sus propias cenizas!

—También nosotros intentamos resurgir de entre las cenizas de este mundo acabado.

—Sin embargo—dijo el piloto—aunque dice que se cometen pocos delitos, yo he visto centenares de hombres-rana entre esas hierbas.

—No olvide que, pese a su apariencia, también son hombres y mujeres. Que en ellos siguen rigiendo las funciones naturales de ambos sexos y… ya me comprende. Crecen y se multiplican.

. —¡Cuidado! ¡Ahí vienen otra vez!

Nuevas hordas de hombres-rana avanzaban hacia la posición ocupada por los expedicionarios. El estruendo de sus armas era ensordecedor. Las hierbas eran segadas por aquel diluvio de proyectiles. Tallos, troncos, ramas, hojas saltaban por los aires al reventar las cargas energéticas.

Los hombres-rana ya no se ocultaban. Desechando el factor sorpresa, avanzaban a pecho descubierto, sin importarles la espantosa mor-taldad que los cinco hombres sembraban en sus filas.

—¡Galaxias!—gruñó Allowahy—. ¡Vienen a centenares!

—No pierda tiempo hablando y dispare—ordenó Zoltán, abriendo amplia brecha en el frente que le correspondía.

Las armas empezaban a quemar en sus enguantadas manos, amenazando con fundirse de seguir aumentando de calorías a aquel ritmo.

La pistola solar de Carlos Maston lanzaba raya tras raya de deslumbrante luz dorada, al final de las cuales los hombres-rana se convertían en bolas de humo.

—¡Nos van a rodear!—dijo el profesor, con excitada voz.

—Tardarán bastante en hacerlo. Estamos en el centro del pantano y si quieren cogernos por la espalda tendrán que dar un rodeo que les llevará mucho tiempo—replicó Zoltán. Luego añadió—: Pero vayamos retrocediendo poco a poco. Las patrullas de vigías de mi pueblo ya

deben de haber oído el fragor de la lucha y no tardarán en llegar.

Fueron cediendo terreno, guareciéndose tras los accidentes del terreno. Cada vez que uno saltaba a un nuevo refugio los demás centraban el fuego sobre los monstruos- de aquel lado impidiendo el constante avance. Los hombres-rana se escudaban entre las al tas hierbas y asomaban solamente para disparar. Debían de haber comprendido que era pernicioso para ellos el avanzar a la carga y empleaban la táctica de guerrillas.

El profesor lanzó un reniego, apretando nerviosamente el disparador de su pistola, pero ni una sola descarga brotó de la puntiaguda boca de ésta.

—¡Maldita sea!—rugió, mirando el indicador de cargas—. ¡Está a cero!

Carlos Maston miró la suya. Apenas le quedaban media docena de disparos.

—¡A mí, dos!—gritó AIlowahy.

—La mía marca cinco—dijo Runhny.

—Pero, ¿esto cómo puede ser?—preguntó el piloto extrañado—. Estas pistolas casi nunca se descargan. Solamente si están mucho tiempo sin que les dé el...

Se calló de repente y miró al cielo. La neblina azul lo llenaba todo.

—No hay sol—dijo escuetamente Zoltán.

Comprendieron. Aquellas armas se cargaban por energía solar. Bastaba exponerlas unos momentos al sol para que renovasen su carga. Y en aquel mundo no existía tal fuente de energía. Aquellas armas les eran inservibles allí.

—Las aprovecharemos mientras quede carga —dijo el piloto.

Y aquello no tardó en suceder. Hubieron de retroceder escudados solamente en el arma del nativo. Y éste procuraba ahorrar la mayor parte posible de disparos.

Los monstruos, como si hubiesen adivinado que los perseguidos apenas contaban con defensas, arreciaron en sus ataques. Pero la maravillosa puntería de Zoltán servía de freno a sus ímpetus.

—¡Me quedan diez proyectiles!—avisó el nativo—. ¡Corran hacia aquellos árboles!

No se hicieron repetir la orden. Corrieron como desesperados hacia el lindero del bosquecillo. Tras de ellos se oían los disparos y los gritos de sus perseguidores. A su alrededor saltaban piedras y tierra revueltos con trozos desmenuzados de plantas. En sus oídos silbó agudamente' más de un proyectil, pero no prestaron atención a ello. Todo su afán era poner la mayor distancia posible entre ellos y los hombres-rana. Corrían con los ojos fijos en los rugosos troncos de los árboles. Allí podrían encontrar la salvación, escabulléndose entre la lujuriante vegetación.

Apenas distarían de los árboles cien metros, pero a Carlos se le antojaron cien mil, y aquella aullante horda se les venía encima por momentos, El piloto pensó que solo un milagro podía salvarlos.

Runhny tropezó en una raíz semioculta entre la hierba, cayendo al suelo de bruces. El grito del muchacho atrajo la atención de Carlos. Sin detener su carrera, el piloto lo agarró de un brazo y tiró de él sin contemplaciones, alzándolo en vilo, pero entorpecido por el traje de vacío trastabilló y se fue al suelo de cabeza arrastrando al ayudante del profesor, que le cayó encima y, entonces...

En aquel momento ocurrió el milagro que tanto deseara el piloto.

Un grupo de hombres, vistiendo trajes de vacío, surgieron entre los árboles. Les bastó una simple ojeada para comprender lo que sucedía. Empuñaban sendas armas energéticas y no se anduvieron en contemplaciones para usarlas.

Una descarga cerrada cruzó sobre los expedicionarios y voló las primeras líneas de perseguidores. Luego...

Caminaron por espacio de una hora o más, siempre envueltos en aquella impenetrable masa de verdor y niebla. Al fin, y cuando ya Carlos desesperaba de terminar su viaje, Zoltán se detuvo.

Lo hizo frente a unas grandes rocas casi verticales y lisas completamente. El muro era casi negro, como si procediese de alguna formación volcánica de los tiempos prediluvianos.

Como si los hubiesen estado esperando, una parte de la roca se descorrió, deslizándose sobre sí misma, dejando al descubierto una negra abertura.

—Seguidme—dijo Zoltán.

Carlos echó a andar. Penetró tras el nativo en la cueva y entonces tuvo más motivos para asombrarse. Se encontraban en una esclusa de aire.

Cuando todos estuvieron dentro, Zoltán hizo una nueva seña, y el muro se cerró de idéntica manera a como se había abierto. Pero no por ello quedó a oscuras la cueva.

La luz que allí reinaba era difusa, grata a la vista, pareciendo salir de todos los rincones a la vez.

Se escuchó un silbido y un gas amarillento envolvió a los expedicionarios como una cosa viva, tangible. Hubo un movimiento de sobresalto entre ellos, pero la voz del nativo les devolvió la tranquilidad.

—Es un gas desinfectante. Nos limpiará de impurezas del exterior. De otra manera no podríamos entrar en la ciudad.

De la misma forma que había venido se esfumó el gas y ante los ojos de los expedicionarios, un nuevo muro empezó a abrirse dando paso a una reducida estancia de brillantes paredes.

Siguiendo a Zoltán penetraron en ella y la puerta se cerró tras ellos.

—Podéis despojaros de vuestros trajes de vacío—dijo el nativo, haciendo con el suyo lo que indicaba.

Los arrojaron por una pequeña oquedad del muro en la que desaparecieron. Quedaron vestidos con los ajustados trajes de "celoplaxma" que se amoldaba a las formas del cuerpo como una segunda piel, sin entorpecer los movimientos. El brillante color oro de los trajes parecía convertir a sus poseedores en vivientes estatuas del aurífero metal.

—¡Venid!—dijo Zoltán, señalando una puerta a sus espaldas.

Apenas se cerré tras ellos, el suelo pareció hundirse bajo sus pies y Carlos sintió que su estómago hacía desesperados esfuerzos por asomársele a la garganta. Hubo de pasar un gran rato antes de que comprendiera que se hallaban en un ascensor que perdía altura a grandísima velocidad.

Cuando se hubo recuperado y acomodado a la velocidad de descenso, Carlos inquirió:

—¿La... ciudad está a mucha profundidad?

—A unos cincuenta o sesenta kilómetros de la corteza del planeta aproximadamente—repuso el nativo.

Carlos sintió que se le erizaban los cabellos. ¡Cincuenta o sesenta kilómetros de descenso! Y estaban sobre la plataforma de un ascensor que caía a plomo con creciente velocidad.

Zoltán pareció adivinar los pensamientos del piloto.

—No tema, señor Maston—dijo—; el aparato es de sobra seguro, y no cabe la menor posibilidad de fallo. Incluso, si se averiara el mecanismo que lo mueve y cayera a plomo, acabaría por detenerse.

Carlos comprendió. Se dio cuenta de que el profesor y sus amigos atendían con creciente interés las explicaciones de Zoltán.

—Entiendo—dijo el profesor—. Estamos dentro de un tubo al cual ajusta herméticamente el ascensor, y llegaría un momento en que la parte inferior de la plataforma comprimiría el aire, ¿no es así?

—Eso es, profesor.

Poco a poco el aparato fue perdiendo velocidad hasta que, súbitamente, se detuvo y una de sus paredes se descorrió, dejando el paso libre.

Carlos y sus compañeros salieron detrás de Zoltán. Quedaron absortos, estupefactos, ante aquel maravilloso panorama que se ofrecía ante sus ojos.

Ni la voz de Zoltán logró arrancarles de su admiración, cuando el nativo, haciendo una reverencia, dijo:

—¡Bienvenidos a Nueva Fénix!

El paisaje era maravilloso. En todo cuanto abarcaba la vista, el suelo con pequeñas ondulaciones, estaba cubierto de un lujuriante verdor salpicado de flores, de polícromos y variados colores.

La autopista por la que avanzaba el «turbo-móvil», en el que viajaban Carlos y sus compañeros, se dirigía hacia los brillantes tejados y cúpulas de una gran ciudad.

El techo de la cueva no se veía. ¿Qué altura tendría? Era lo mismo; siempre quedarían los suficientes kilómetros para intranquilizarse por la falta de aire respirable.

La ciudad se fue acercando rápidamente. Poco antes de llegar a ella Zoltán hizo que el vehículo tomase por .una autopista lateral, que iba ascendiendo por un viaducto, sobre un caudaloso río.

—¡Un río subterráneo!—se maravilló el profesor.

—Eso es, profesor—dijo Zoltán—. Pero arti ficial. Esa agua es de la superficie y nosotros la hemos traído hasta aquí, pero, antes pasamos por momentos de angustia. Mas lo hemos conseguido.

—Una labor maravillosa la realizada por ustedes—dijo Allowahy.

—Sí, si se tiene en cuenta que carecíamos de lo más necesario para llevarla a cabo, pero... ¡Ah!, hemos llegado.

Detuvo el «turbo-móvil» ante la amplia escalinata de un elevado edificio de mármol negro. Varios centinelas, vistiendo deslumbrantes uniformes rojos, daban guardia a la enorme puerta flanqueada de amplias columnas y al ver descender a Zoltán presentaron armas en gallarda postura.

—Debe de ser todo un personaje aquí, amigo —dijo el piloto al nativo al presenciar el hecho.

—Soy el Consejero Mayor de su Excelencia el Jerarca—dijo con orgullo Zoltán, y añadió—: ante el cual se encontrarán ustedes dentro de breves instantes y de quienes son huéspedes de honor.

El Jerarca de Nueva Fénix era un tipo alto, delgado, con unos brillantes ojos grises que daban la sensación de un poderío y una fuerza mental enormes. Vestía un oscuro uniforme ribeteado de dorado y grecas rojas. Y al costado, pendiente del metálico cinturón rojo, lucía una descomunal pistola térmica.

En aquel momento sonreía a los expedicionarios, que se sentaban frente a él en el amplio salón de recepciones.

—Ratifico lo dicho por Zoltán: son ustedes mis huéspedes de honor, con libre autonomía de actos por toda Nueva Fénix. Claro está, que, siempre que esos actos no causen perjuicio o entorpezcan el camino de las Leyes que rigen nuestros destinos.

—Le prometemos acatar esas Leyes y hacernos dignos de la confianza que Vuestra Excelencia deposita en nosotros—dijo el profesor.

—¡Gracias! No esperaba menos de ustedes.

—El profesor—intervino Zoltán—es un famoso espaciógrafo en su mundo. Así como el señor Allowahy, a pesar de tener una importante factoría de construcción y transportes intergalácticos, es un eminente ingeniero aeronáutico, capaz de diseñar cualquier clase de nave.

—¡Maravilloso!—aprobó el Jerarca—. Dos cerebros que, por distintos caminos, buscan lo mismo: el dominio del Universo por el hombre.

—Y he aquí a ese hombre que domina el Universo—siguió Zoltán señalando al piloto—. El señor Carlos Maston, piloto espacial.

—Debe ser fascinador viajar de mundo a mundo, ¿verdad, señor Maston?—inquirió el Jerarca.

—Lo es, Excelencia. Algo nunca igualado.

—¿Y la cuarta persona ?—preguntó el Jerarca.

—Este joven, Runhny Contox, es ayudante del profesor.

Hubo unos destellos acerados, cuando los ojos del Jerarca se clavaron en la figura del muchacho. Este pareció agitarse nervioso bajo aquella escrutadora mirada, que pareció querer atravesar sus más recónditos pensamientos. Luego, los labios del Jerarca se entreabrieron en una agradable sonrisa, y, poniéndose en pie, se inclinó ceremonioso ante el muchacho, diciendo untuosamente:

—¡Bienvenida a Nueva Fénix, señorita Contox!

Si una bomba hubiese estallado a los pies de los expedicionarios no hubiese causado tanto estupor como las palabras que acababa de pronunciar el Jerarca. Carlos Maston se había puesto en pie de un salto. El profesor, agarrotadas las manos en los brazos del sillón que ocupaba, miraba a Runhny como si no diese crédito a lo que había oído o temiese estar volviéndose loco. Allowahy solo dejó escapar un ahogado:

—¡Galaxias!

También el propio Runhny se había quedado paralizado. Luego, con una sonrisa, contestó:

—¡Gracias, Excelencia!

Zoltán lanzó una risita apagada y el Jerarca se volvió a él.

—¿Lo sabías, Zoltán?—preguntó.

—Sí, Excelencia. Casi desde el principio.

—¿Cómo no me lo dijiste?

—Deseaba saber si la propia interesada lo hacía. En caso negativo os hubiese informado más tarde.

—Siento haberla descubierto, señorita—dijo el Jerarca con gesto compungido—. Ignoraba que sus compañeros desconocían su verdadera personalidad.

—No tiene importancia, Excelencia—dijo Runhny—. Me ayudó a conseguir un puesto en este viaje. Si después lo mantuve oculto, fue

porque me tratasen como a un igual, sin deferencias de ninguna clase.

—Ahora ya no le hace falta—dijo el Jerarca—; y creo que se sentirá más cómoda sin esa máscara.

—Sí, Excelencia.

Runhny se llevó las manos a la nuca, junto al cuello, y tiró hacia arriba. Pareció que se arrancaba la piel del cráneo. El pelo, y aun el propio rostro, siguieron el mismo camino y una cascada de rubios cabellos se desparramó sobre sus hombros, al quitarse la máscara plástica que cubría su cabeza.

Carlos comprendió el porqué de muchas cosas a las que apenas había prestado atención, pero que le habían resultado raras en un hombre. Su voz afeminada, su figura delgada y frágil, sus movimientos. Es fácil el disimular curvas y redondeces entre los amplios pliegues de un traje de vuelo o de un «celoplaxma» arreglado a tal fin. También la cara y los cabellos pueden ocultarse y disimular la voz, pero, hay momentos, en que sale a flote algo que el subconsciente no puede evitar: ciertos ademanes, algunas notas de voz y el inconfundible aire que distingue a ambos sexos.

La voz del profesor lo arrancó de sus pensamientos :

—Entonces, ¿la enfermedad de mi ayudante, era falsa?

—No, profesor. Un poco de «Ancetol» disuelto en una copa de licor produce una aparatosa enfermedad sin más consecuencia que estar en cama una pequeña temporada—contestó la muchacha. —Eso es un atentado contra la integridad fí sica...—botó el profesor, echo un basilisco—. La demandaré en cuanto lleguemos a...

—Pero ahora estamos aquí, profesor—atajó la joven risueña.

Carlos quedó maravillado de la belleza de la muchacha; los ojos eran enormes y rasgados. Bordeados de negras pestañas que contrastaban con el intenso azul de las pupilas. La boca, de labios delgados y rojos, enmarcaba una dentadura blanca y simétrica.

—¡Por favor!—dijo el jerarca—. No discutan ahora. Yo encuentro muy divertido el método de que se valió la señorita para realizar este viaje. Con ello ha demostrado, no solo que es inteligente, sino el arrojo y la decisión que tiene.

—¡Gracias, Excelencia!—contestó halagada. —Ahora pueden retirarse a descansar. Deben de estar agotados después del terrible viaje.

Ya se retiraban los expedicionarios, siguiendo a Zoltán, cuando el Jerarca se dirigió de nuevo a ellos:

—¡Ah, profesor! Me gustaría que visitasen nuestras fábricas. Ya saben que nuestra idea es abandonar este mundo que agoniza. Tal vez sus conocimientos pudieran ayudarnos a salir de él.

—Lo haremos encantados, Excelencia.

Las luces que iluminaban el interior de la gigantesca gruta se habían apagado, dejándola sumida en una suave penumbra parecida a la noche.

Apoyado en la ventana de su habitación, Carlos fumaba un cigarrillo, mientras contemplaba

las vagas siluetas de los cercanos edificios. No tenía sueño. Su cerebro repasaba loa' acontecimientos retrospectivos y notaba algo en ellos que no encajaba bien. Pero, ¿qué era?

Un pequeño estruendo al fondo del pasillo donde daba su habitación le hizo prestar atención. Se escuchaba el rumor de lucha y voces apagadas.

Con paso rápido se encaminó a la puerta y la abrió de un tirón.

Un hombre saltó sobre él, empujándole sin miramientos, y cerró la puerta a sus espaldas, pasando el pestillo de seguridad.

El piloto se aprestó a la lucha, dispuesto a caer sobre el intruso, pero éste, dijo en voz baja:

—¡Quieto, amigo! ¡No intento hacerle daño!

—¿Que no?—preguntó Carlos que se había golpeado la espinilla contra un banco y sentía un intenso dolor.

—No, si es usted amigo de mi hermano Silver.

—¡Red Allowahy!—silbó asombrado el piloto—. Pero, ¿no cayó en territorio de los monstruos? Eso nos dijeron aquí.

—Sí, es cierto. Estos sapos encontraron lo poco que Kruno dejó de mi nave, pero yo ya estaba en el poblado de los hombres-rana. Después fue cuando me capturaron los esbirros del Jerarca.

—No le entiendo ni palabra. ¿Cómo no se convirtió en monstruo?

—Kruno no dejó que me quitase el traje de vacío. El fabricaba el aire que necesitaban mis “termo-pulmones”.

—Pero... pero...—la estupefacción del piloto iba en aumento.

—No podemos perder tiempo. Debe usted llegar hasta el poblado de Kruno y comunicarle que el Jerarca tiene una nueva nave, capaz de sacar de aquí a todo su pueblo, si mi hermano y ese profesor le aplican los adelantos de la que les trajo.

—Pero, ¿quieres decirme qué es todo ese galimatías?—dijo Carlos amoscado—. ¿Por qué el Jerarca y Zoltán nos negaron que estaba usted en la ciudad?

—No podían decirles que me tenían encerrado en los sótanos de este edificio por negarme a colaborar en sus planes.

—¿Qué planes?

No pudo contestar el hermano de Silver Allowahy. La puerta saltó de sus goznes bajo el tremendo empujón de los soldados que acompañaban a Zoltán, y éste penetró en la estancia.

—Una bonita reunión, señor Maston—dijo sarcástico.

—Escuche, Zoltán—dijo el piloto, avanzando hacia el Consejero,

sin importarle las armas con que lo encañonaban los soldados—. ¿Por qué motivo se nos negó la presencia en la ciudad de este hombre?

Rió Zoltán cínicamente, mirándolo burlón.

—Por la misma causa que mañana sus amigos se enterarán que usted ha salido de viaje a una de las ciudades-nervio de Nueva Fénix para...—hizo una pausa antes de añadir—ponerse al frente de la explotación de una mina de metales.

Carlos adivinó en la mordacidad de las palabras el verdadero sentido de la frase. Y si no lo hubiese entendido, la voz suplicante de Red Allowahy lo hubiese sacado de dudas:

—No se deje engañar. Lo encerrarán como a mí, o ahora que ya tienen a mi hermano y al profesor, lo lanzarán al exterior sin protección contra las radiaciones.

—Muy listo, mi querido amigo—dijo Zoltán—. Lástima que no accediera a lo que queríamos de usted. Es mejor que se entreguen, y sin ruido, ¡por favor!

—¡Nunca!

Al grito de Red siguió una detonación y uno de los soldados pareció saltar a trozos en todas direcciones. Sus compañeros dispararon, pero el valeroso piloto de la *Office Tramsp Space* había abandonado aquel lugar y las cargas se perdieron contra una pared de la que arrancaron varios trozos.

Nuevamente tronó el arma de Allowahy y nuevos enemigos volaron por los aires. Carlos. pasado el primer momento de sorpresa, alargó el puño y el altivo Primer Consejero creyó que le había golpeado una viga de acero antes de salir disparado hacia atrás y estrellarse contra la pared del pasillo, arrastrando con él, en confuso montón, al grupo de soldados.

—¡Huya, amigo!-—gritó Red Allowahy—. ¡Pronto, por la ventana!

—¿Y usted?

—Yo los detendré. No pierda tiempo.

—No puedo dejarlo aquí...

Se calló al contemplar el estado que presentaba Red. Una de las cargas energéticas había alcanzado sus piernas velándoselas, y por los destrozados muñones brotaba un verdadero caño de sanare que se extendía por el pavimento. El piloto de la *Office Tramsp Space* yacía recostado contra la pared y una palidez cerúlea le iba invadiendo lentamente.

—Vamos, no pierda el tiempo—apremió—. Busque un traje de vacío y salga de aquí. Busque a Kruno, él le explicara todo. Yo le guardaré la espalda mientras me queden fuerzas... y será por poco tiempo. Me estoy desangrando.

—Deje que...

—¡Largúese o empiezo a disparar sobre usted! —rugió Red.

Carlos se dirigió a la ventana, y una vez a caballo sobre ella, se volvió hacia el hombre. No supo qué decirle. Sentía una admiración enorme hacia él. Solo pudo balbucir:

—¡Adiós, Red!

Saltó al otro lado. Bajo él, a treinta o cuarenta metros, se extendía el Suelo de la plazoleta envuelta en sombras. —Un buen salto—pensó. Varios disparos en la estancia que acababa de abandonar le espolearon y pegándose a la pared avanzó por la estrecha cornisa que bordeaba el edificio. Cruzó algunas ventanas cerradas. Tras él seguían oyéndose los disparos. Luego un silencio absoluto lo dominó todo.

Sintió un estremecimiento. Red Allowahy había dejado de existir.

La negra boca de una ventana se abrió ante él, y sin pensarlo se coló por ella. La oscuridad más absoluta le rodeaba y ella fue la causa de que tropezase con un mueble, derribándolo con gran estrépito.

A su imprecación siguió un grito de susto y la estancia quedó iluminada de golpe; haciéndole parpadear deslumbrado.

Desde una cama, tapándose púdicamente con la liviana sábana, Runhny lo miraba aterrada.

—¿Qué hace en mi habitación, señor Maston? —preguntó la joven, al reconocer a su nocturno visitante.

—Perdone que haya entrado así—se excusó—. Pero ahora no tengo tiempo de contárselo. He de .salir de esta maldita ciudad cuanto antes.

—¿Salir? ¡Pero...!

El piloto se había dirigido a la puerta y, tras atisbar el solitario pasillo, salió fuera, avanzando hacia la escalera con infinitas precauciones.

Apenas había descendido unos cuantos escalones cuando ya la joven estaba a su lado, terminando de ajustarse el cómodo vestido que había reemplazado al “celoplaxma” amañado.

—¿ Dónde va usted ?—gruñe el piloto—. ¡Vuélvase a su cuarto!

—Ni hablar. Aquí pasa algo y yo quiero saber qué es.

—Está bien. No puedo perder el tiempo en discutir. Venga conmigo y procure no hacer ruido. Nos va la cabeza en ello.

—¡Quéee...!

—¿No quería venir conmigo? Pues no se queje de lo que pueda suceder.

La joven lo miró como si estuviese loco, pero el súbito sonar de varias sirenas y la imponente riada de luz que se extendió por toda la ciudad la sacaron de su error.

—¡Maldita sea!—rugió el piloto—. ¡Ahora sí que nos va resultar imposible llegar al ascensor!

Infinidad de patrullas se movían veloces por las calles, mientras los “turbo-móviles” de la guardia roja recorrían la ciudad de una punta a otra.

Carlos y la joven, desde una ventana, presenciaron aquel lujo de fuerzas desplegadas para su captura.

—Eso es un hormiguero de soldados—dijo el piloto.

—Creo que podremos burlarlos—apuntó la joven.

—¿Cómo? ¿Cree acaso que tenemos alas? —ironizó él.

—Casi, casi—dijo ella enigmática—. Venga conmigo.

Minutos más tarde y sin ser molestados se hallaban en la cima del edificio. Una amplia terraza se abría entre ellos y en uno de sus ángulos se alzaba una pequeña edificación de grandes puertas corredizas.

—¡Cuidado! ¡Hay un centinela!—siseó 1a joven—. Habrá que ponerlo fuera de combate.

Carlos admiró la sangre fría de la joven, pero, sin decir una sola palabra, se alejó, pegado a la pared, hacia el hombre de rojo uniforme que, arma al brazo, miraba desde el borde de la terraza lo que ocurría en las calles de la ciudad.

El soldado no tenía el menor recelo. Le habían comunicado lo sucedido para que estuviese alerta, pero él, como los demás, creía que el fugitivo estaba en las calles de la ciudad, y miraba despreocupado la impresionante caza que se había organizado.

Algo sonó a sus espaldas. Fue un ruido tenue y el centinela se volvió sobresaltado, aprestando el arma.

Un hombre avanzaba hacia él, y más atrás distinguió a una mujer. Respiró aliviado. Nada le habían dicho de que el fugitivo llevase compañía, y mucho menos de una bella joven. Casi por pura fórmula preguntó:

—¿Dónde vais? Está prohibido el...

No terminó la frase. El hombre había llegado junto a él con una amplia sonrisa en los labios y el centinela vio de pronto cómo un enorme puño se dirigía veloz hacia su cara. Un tremendo fogonazo de luz padeció estallar ante sus ojos y se sumió en la inconsciencia.

—Y ahora,, ¿qué?—preguntó Carlos, soplándose los nudillos.

—Dentro de ese edificio hay un “turbo-helicóptero”. Es la nave particular del Jerarca. Lo supe por casualidad, cuando Zoltán me dijo que su jefe hacía visitas personales e inesperadas a las demás ciudades —dijo la muchacha—. Con él podremos llegar hasta el ascensor.

—¡Galaxias!, como diría Allowahy—dijo Carlos alborotado—. Es usted el mejor auxiliar que podía haber encontrado.

Minutos más tarde, una centella de plata, tras haberse elevado verticalmente, se perdía en la lejanía, hacia el rocoso muro donde se abría la puerta del ascensor.

Carlos Maston, sentado ante los mandos, fijaba sus ojos en el horizonte. A su lado, Runhny, escuchaba asombrada el relato que le hacía el piloto de los hechos acaecidos aquella noche.

—Y eso es todo—terminó Carlos—. Ahora estamos aquí buscando la salida de este mundo. En este cacharro que, gracias a mis profesores de Aeronáutica al hacerme estudiar los viejos modelos, manejo regularmente.

—Pero, ¿por qué todo esto?—dijo la joven—. ¿Qué misterio se encierra en este mundo?

—Eso es lo que intento saber—replicó Carlos—. Eso y el porqué ocupó un puesto en mi, nave, usurpando una personalidad que no era< la suya.

—Déjeme que le explique y...

—Otro rato será, jovencita—cortó él—. Mire lo que viene hacia nosotros.

Un verdadero enjambre de enfurecidos reactores caían como aves de presa sobre ellos, y de los bordes de las alas de aquellos abejorros mecánicos, surgió una verdadera catarata de proyectiles energéticos que ˆ aullando en el espacio, avanzaban veloces hacia el “turbo-helicóptero”.

Carlos Maston tiró bruscamente de los mandos del aparato, elevando el morro del "turbo-helicóptero" hacia el techo de la cueva. Por unos centímetros esquivó la terrible andanada que podía haberlo convertido en fragmentos, pero los reactores, pese a la tremenda velocidad que llevaban, iniciaron una cerrada curva que volvió a encararles contra el diminuto aparato.

—De ésta no salimos—rezongó el piloto, manejando los mandos con matemática precisión—. Pero antes de que nos tumben voy a enseñarles a esos pajaritos un poco de acrobacia aérea.

Runhny sintió que la respiración se le cortaba, y los cabellos se le erizaron cuando el piloto, con un desprecio absoluto de la vida y una sangre fría admirable, se lanzó a una serie de corbetas y saltos que hacían crujir dolorosamente las cuadernas del "turbo-helicóptero".

Aquella serie de locas maniobras hacía imposible el que los pilotos de los reactores cen trasen la puntería, so pena de destruirse ellos mismos. Carlos adivinó la indecisión de que sus enemigos hacían gala y metió su aparato en el mismísimo centro de la formación enemiga.

Una de las veces que salía de un cerrado "looping" se encontró a escasos metros del costado de un aparato enemigo y lanzado contra él a toda velocidad de sus turbinas.

Pudo distinguir el terror pánico que se pintó en el rostro del piloto del reactor al ver la inminente colisión y el hombre, en un movimiento reflejo de conservación, hundió los mandos a fondo, obligando a su aparato a una impresionante zambullida. Fue su perdición.

Bajo él ascendía otro de sus compañeros, que no pudo evitar el choque, y una horrísona explosión conmovió las capas atmosféricas de Nueva Fénix, mientras los dos aparatos se fundían en una cegadora llamarada, desintegrándose.

Aquello pareció enfurecer al resto de los atacantes. Como avispas enloquecidas se arrojaron sobre el aparato de Carlos descargando al unísono sus armas. Un vendaval de fuego careció estallar en aquel lugar y, pese a las rápidas y hábiles maniobras del "turbo-helicóptero", una violenta explosión en la cola le hizo lanzarse hacia el suelo con la velocidad de un meteorito.

Al rugido de furia del piloto espacial se unió el grito de pánico de la muchacha. El viento comenzó a silbar en torno a ellos, mientras el destrozado aparato giraba vertiginosamente en una caída espeluznante de más de siete mil metros de altura. Los reactores descendían, girando en torno suyo, como si deseasen convencerse d« que su misión había sido cumplida fielmente.

—¡Nos destrozaron los timones de cola! —gritó Carlos, dominando el tremendo chillido del viento—. ¡No puedo enderezar la caída!

La muchacha dijo algo, pero el piloto no atendió sus palabras. Sus

ojos estaban fijos en el pequeño botón rojo que había en el tablero de instrumentos. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, forjando un plan que les permitiese escapar de la muerte y, al mismo tiempo, librarles de la persecución de sus enemigos.

—¡Sujétese con las correas al sillón!—ordenó a la joven—. ¡Y no se suelte por nada!

—¿Qué intenta hacer?

—Después lo verá. Ahora no me distraiga. Clavó los ojos en el altímetro, olvidándose de todo lo que le rodeaba. La aguja descendía velozmente y el piloto empezó a contar en voz alta, mientras descansaba el dedo ligeramente sobre el botón rojo.

—¡Cinco mil...! ¡Cuatro mil quinientos! ¡Cuatro mil...! ¡Tres mil...!

Runhny le miraba en silencio. El rostro blanco como la cera, los labios apretados. Solo el leve aleteo de su pecho demostraba la tensión que estaban sometidos sus nervios.

Carlos seguía impertérrito, contando con monótona voz, mientras su frente se iba cubriendo de diminutas gotas de sudor.

—¡Dos mil...! ¡...!

La enorme fuerza de la caída arrancó un trozo de plancha metálica que golpeó contra la cabina reduciendo a polvo el parabrisas. La joven se protegió con los brazos, pero el piloto, absorto, fijos sus ojos en el altímetro, ni se preocupó de ello y su cara se llenó de cortes que dejaron resbalar la sangre por la tostada epidermis.

—¡Mil quinientos...!

El aire al penetrar en la cabina amenazaba con ahogarles, sofocándolos, ensordeciéndolos. Impidiéndoles mantener los ojos abiertos. Pero el piloto por entre las rajas en que se habían convertido sus párpados seguía pendiente de la descendente aguja.

—¡Mil...!

Los reactores, seguros de que a aquella altura no había nada capaz de evitar el mortal encuentro con el suelo, se alejaban veloces hacia su base. Carlos los observó un momento y una media sonrisa curvó sus labios. La primera parte había salido conforme él lo pensara, pero, ¿y la segunda? ¿Saldría igual? Volvió a mirar el altímetro.

—¡Quinientos...!—murmuró.

Miró de reojo a la muchacha y apretó un poco el botón rojo, afirmando el dedo sobre él.

—¡Trescientos...! ¡AHORA!

Su dedo hundió a fondo el botón y el transparente techo de la cabina saltó por los aires. Carlos y la muchacha, convertidos en un proyectil de nueva factura, saltaron tras ella, ascendiendo en el espacio con velocidad fulmínea, mientras los sillones a los que iban sujetos giraban sobre sí mismos en una impresionante serie de vueltas de campana.

El terrible choque emocional sufrido por ambos les hizo perder el conocimiento. La enorme fuerza de la caída se había roto de golpe. La atracción de la gravedad se había cortado en un brusco e impresionante ascenso y la presión arterial, a punto de reventar, con aquel brusco cambio centrífugo los había sumido en la inconsciencia.

Cuando Carlos abrió los ojos se encontraba tirado sobre las matas de un seto. Un poco más allá se vislumbraba el cuerpo de Runhny. Seguían atados a los sillones y los rojos paracaídas se movían a impulsos de la brisa artificial que ondulaba la pradera.

—¡Uf!—rezongó el piloto, tratando de soltarse—. El batacazo tuvo que ser de aúpa. ¡Tengo el cuerpo como si me hubiese pasado por encima un ejército de hombres mecánicos!

Con torpes movimientos se puso en pie y se encaminó hacia la muchacha. Esta acababa de abrir los ojos y un rictus de dolor contraía sus facciones.

—¿Cómo se encuentra?—preguntó el piloto, procediendo a soltarla —. ¿Se rompió algo?

—Creo que no—contestó ella con voz débil—. Y lamento haberlo defraudado, si ésa era su intención.

—Déjese de indirectas y vámonos de aquí..., si es que puede. No crea que ya ha pasado el peligro.

Poco después caminaban por el borde de la carretera. Carlos habíase apropiado de una pistola energética, encontrada en el bolsillo de uno de los sillones y la joven lucía a la cintura un pequeño pero afilado machete.

Nuevamente la cueva había quedado sumida en la semipenumbra de la noche artificial. Tal vez el Jerarca, creyendo destruidos a sus enemigos, había ordenado el regreso de las fuerzas a sus cuarteles.

Transcurrieron varias horas. La muchacha empezó a dar señales de cansancio. También el piloto notaba mermadas sus fuerzas. Sin embargo, ¡les quedaba aún tanto camino que recorrer para llegar al ascensor!

—¡No puedo más!—murmuró Runhny, dejándose caer al suelo.

—Tomaremos un pequeño descanso—accedió Carlos—. Pero, pequeño. Hemos de salir de aquí cuanto antes.

—¿Qué les dirán al profesor y a Allowahy cuando pregunten por nosotros ?

—Seguramente que hemos salido hacia otra ciudad con alguna misión—contestó el hombre.

—¿No se enterarían del jaleo que se armó en la Residencia?

—Puede. Pero les dirán que fue cosa de los monstruos de Kruno, o de algún rebelde, o cosa por el estilo. No les faltarán excusas.

—¿Cree que el Jerarca conseguirá sus propósitos?

—Por lo pronto ya tiene al profesor y a Allowahy para empezar la primera fase de su objetivo: montar en su nave los adelantos técnicos de la nuestra.

—Hay algo extraño en todo esto—dijo la muchacha pensativa—. ¿Por qué ese interés del Jerarca en abandonar su mundo ? Claro que a mí tampoco me gustaría vivir toda la vida encerrada en una cueva, por muy maravillosa que fuese. Pero..., no, ése no es el móvil. Debe de haber algo más para que ese Kruno trate por todos los medios de impedir esa salida.

—Sí. También yo he tenido esa sensación. Mas no logro hallar el «porqué». Tal vez Kruno nos aclare esa duda... si logramos llegar hasta él.

—¿Vamos ?—preguntó la joven poniéndose en pie.

—Sí. No podemos perder tiempo. ¡Espere! —dijo de pronto—. Se me ha ocurrido una idea.

Los potentes faros de un “turbo-móvil”, se acercaban a gran velocidad por la pista, y el piloto esbozó una picara sonrisa.

—¿No irá a decirme que...?—se alarmó Runhny, adivinando sus pensamientos.

—Eso mismo, jovencita—aprobó él—. Y usted va a servirme de cebo para que se detenga.

La obligó a agazaparse al borde de la autopista y le expuso en breves palabras su plan. La joven al principio se mostraba reacia, pero al final se dejó convencer.

—¿De acuerdo?—preguntó él.

—Creo que es usted un verdadero buscador de líos, Carlos, y me extraña que aún conserve intacta la cabeza, si siempre anda así.

El “turbo-móvil” estaba ya casi encima de ellos y Carlos empujó a la muchacha hacia el centro de la autopista, recomendándole:

—¡Ahí está! Y no tiemble a última hora. Apenas el conductor del coche vio en el centro de la pista la silueta femenina que le hacía señas de alto, pegó tal pisotón al pedal del freno que las cubiertas arrancaron chispas del “plastiflex” de la pista.

—¿Le ocurre algo, señorita?—preguntó ama blemente, cuando la chica llegó junto a la ventanilla.

—¡Qué se esté calladito y baje de ahí!—dijo Runhny, poniéndole la punta del cuchillo a dos milímetros de la garganta.

—Pero... pero...—tartamudeó el hombre pálido como la cera.

Se le fue la voz cuando vio al piloto acercarse en dos saltos desde el borde de la cuneta.

—¡Muy bien, chiquita!—aprobó Carlos. Luego se dirigió al conductor—. Baje de ahí, amigo. Y no tema nada. No pienso hacerle daño.

Minutos más tarde y, tras haber dejado en la cuneta un verdadero

paquete humano, el “turbo-móvil” se dirigía a toda velocidad hacia el ascensor. Al volante del vehículo podían verse las delicadas líneas de una bellísima mujer de rubios cabellos. El resto del vehículo estaba, aparentemente, vacío.

Sin embargo, doblado en una inverosímil postura, acostado en el fondo del coche. Carlos, vigilante a cualquier contratiempo, empuñaba con mano firme la culata de la pistola energética.

No fue difícil penetrar en el ascensor. Una vez quitado del paso el centinela que a aquella hora vigilaba el aparato, y encerrados bajo llave el resto de sus durmientes compañeros, Carlos y la joven se elevaron raudos en la plataforma, no tardando en hallarse en el pequeño departamento de los trajes de vacío. Con movimientos febriles, temiendo que los descubrieran cuando ya estaban a escasos metros de la salida, se colocaron los equipos que extrajeron del hueco de la pared.

—Lo más peligroso viene ahora—dijo el piloto por el emisor—. No sé si habrá que hacer alguna seña especial para que abran la puerta.

—¿No te acuerdas como lo hizo Zoltán?—dijo la joven tuteándole por primera vez—. Haz tú lo mismo.

Penetraron en la esclusa cerrando herméticamente tras ellos. No fue necesario que Carlos hiciera ninguna seña. Apenas habían cerrado ellos la puerta, empezó a descorrerse el muro rocoso que daba al exterior y dos hombres, vistiendo los clásicos trajes de vacío, se recortaron en su dintel. Apenas si concedieron importancia a la pareja, si acaso una mirada de curiosidad, luego la puerta volvió a cerrarse y el piloto y la joven se encontraron en la neblina azul que cubría la corteza del planeta.

—Alejémonos de aquí, Runhny—dijo el piloto.

—¡Lo conseguimos!—dijo gozosa.

—¿Dónde van ustedes?

La voz les sobresaltó. Había sonado a sus espaldas, increpándoles en tono duro y seco, al mismo tiempo que- cortés. Se volvieron sorprendidos hacia el muro que acababan de dejar.

Un soldado, cubierto su cuerpo por el traje de vacío, y empuñando un fusil térmico de repetición se hallaba ante ellos, mirándolos con recelo.

Pareció asombrado al ver ante él una mujer. Pero su asombro duró escasos segundos. Trató de encararles el arma al tiempo que decía:

—¡Ustedes no son...!

La pistola de Carlos saltó en su mano al detonar y un rayo cárdeno salió de su boca trans formando al soldado en diminutos fragmentos.

No esperaron a ver cómo caían éstos al suelo. .Dando media vuelta, el piloto y Runhny corrieron hacia el bosquecillo con toda la velocidad

que les permitía el traje de vacío.

A sus espaldas se formó un terrible pandemónium. Gritos, órdenes y un salvaje concierto de disparos. Varios soldados habían surgido de un disimulado refugio en la roca y descargaban sus armas contra los fugitivos. También se escuchó el rumor de algunos motores al ponerse en marcha.

Carlos y Runhny habían alcanzado la protección de los árboles y los proyectiles estallaban contra los gruesos troncos.

—No tardarán en estar detrás de nosotros —gruñó el piloto.

—Con los “atom-orugas” no les será difícil alcanzarnos. Aparte de que están ante nosotros las patrullas vigía—replicó la joven.

—Creo que nos hemos metido en un buen fregado al final.

—Si ese Kruno viniese en nuestra ayuda.

—¿Cómo quieres que venga? ¿Acaso le mandaste un espaciograma comunicándole lo que íbamos a hacer?

—¿Te olvidas, señor guasón, de los poderes que Zoltán nos dijo que posee? Si pudo enterarse de nuestra presencia en la atmósfera del planeta y desviar nuestra nave con sus ondas mentales, bien puede saber en la situación en que estamos.

—¡Vaya, señorita sabelotodo! ¿Y sabe usted cuándo y por qué lado llegará ese poderoso amigo?

—No hace falta que la señorita conteste a eso, señor Maston—dijo una voz a su izquierda—. ¡Aquí me tiene!

Hasta la presencia del propio Jerarca la hubiese esperado Carlos antes que la del ser que acababa de aparecer entre los árboles.

El piloto respingó con asombro y Runhny no pudo evitar un pequeño grito de espanto.

Kruno sonrió comprensivo. Su presencia no era agradable a la vista y él lo reconocía. Aquel corpachón escamoso, lleno de arrugas y pliegues. Aquella cabeza aplastada, de enorme boca y grandes ojos redondos, su piel verdosa. Todo, todo en él, pese a su apariencia humana, o tal vez por esto mismo, hacía que el que. lo mirase sintiese instintivamente repulsión hacia su persona.

—¡Vengan conmigo!—dijo con agradable voz—. No tardarán en llegar los soldados del Jerarca.

Sin esperar el asentimiento de los jóvenes se internó entre los árboles, avanzando a grandes pasos.

Carlos dudó unos segundos, pero el lejano ronquido de motores le hizo coger a la joven de la mano y correr tras el hombre-rana, que se acercaba al borde de un cenagoso canal.

Kruno se detuvo y esperó a que los jóvenes estuviesen a su lado.

—Los soldados se acercan velozmente—dijo escuetamente.

—No podremos salir de aquí—gruñó Carlos—. Nos rodearán.

—No se preocupe, señor Maston. Mis amigos —señaló su cerebro

—, me indican el peligro y yo busco la forma de sortearlo.

Apartó unas ramas y dejó al descubierto una ligera embarcación de quilla plana, construido de metal verde, con una pequeña cúpula transparente y motor pequeño pero que debía de ser muy potente.

—Suban, sin miedo—dijo Kruno—. Pronto estaremos lejos de estos lugares y habrá pasado el peligro.

Carlos y la muchacha obedecieron tumbándose sobre el fondo de la embarcación. Kruno los imitó, después de cerrar la escotilla tras él, y empuñó los mandos. Un ligero temblor recorrió la pequeña canoa al ponerse en marcha el motor, y a una nueva manipulación del jefe de los hombres-rana, salió disparada sobre las aguas semejándose a un verdoso proyectil, que, poco después, se sumergía, para navegar entre dos aguas a, una velocidad increíble.

Atravesaron el pantano navegando bajo la, superficie de traidoras arenas. Kruno vigilaba constantemente el salpicadero de la nave en el que infinidad de esferas numeradas le indicaban el rumbo a seguir y los obstáculos que obstruían el camino.

—Mis ondas solo sirven en sitios abiertos —aclaró—. Por eso me guío por las agujas de los mandos. No pueden avanzar mucho entre el agua y el barro. Pueden atravesar metales, sustentar durante cierto tiempo algunos objetos y hasta moverlos de lugar. Formar barreras que otras ondas no pueden atravesar y, si quieren, hasta me sirven de ojos y oídos. Pero hay algunas cosas que no pueden hacer. Una de ellas, por ejemplo: atravesar la barrera ozónica que protege a Nueva Fénix.

Hubo un corto silencio, luego, Kruno preguntó:

—¿Qué les obligó a escapar de allí y a pedir mi ayuda?

—Nos perseguían—contestó el piloto.

—Eso ya lo sé. Lo que me interesa saber es: ¿porqué?

—Traíamos un mensaje para usted—dijo Runhny.

—¿Traían...?

—Traemos, señor Kruno—contestó Carlos.

—Llámeme Kruno a secas. El «señor» no creo que cuadre mucho a mi persona. ¿De quién es ese mensaje?

—De un hombre llamado Red Allowahy—dijo el piloto.

El brusco movimiento que hizo el hombre-rana al escuchar el nombre pronunciado por Carlos hizo bambolearse peligrosamente la nave, amenazando con desviarla de su ruta. Con el estupor retratado en el semblante y un leve matiz de nerviosismo en la voz. Kruno repitió admirado:

—¡Red Allowahy!

Se encontraban en la ciudad de los hombres-rana. Carlos y la muchacha se habían asombrado al ver que aquellos monstruos se regían en todo por las leyes humanas. La ciudad, oculta en lo más profundo de la selva, era un conglomerado de pequeñas casas, construidas de troncos, y limpias calles donde jugaban los pequeñuelos de verdosa piel.

Kruno no había permitido que los jóvenes se despojasen de los equipos de vacío y seguía hablando con ellos a través del mismo aparato que ya usara la primera vez que se encontraron.

Le habían transmitido el mensaje de Allowahy y Kruno había tomado una serie de medidas, entre las que se contaba una celosa y constante vigilancia de Nueva Fénix.

—No creo que tengan lista esa nave antes de un mes, y para entonces hemos de haber conseguido la forma de destruirla.

—Dígame, Kruno—pregunté la muchacha—.¿Por qué ese afán suyo de impedir que salgan de este planeta?

—No crea que es por simple capricho, o por odio hacia quienes nos arrojaron aquí convirtiéndonos en seres monstruosos. No, es por algo muchísimo más importante—contestó el hombre-rana—. Zoltán les mintió cuando les dijo que deseaban vivir al aire libre. Sus planes son los de conquistar el Universo.

—¡El Universo!—rió la muchacha—. ¡Están locos! ¿Qué podrán ellos con sus simples pistolas energéticas contra las poderosas armas de que disponemos?

—No se ría, señorita. Es más horrible de lo que usted cree—dijo Kruno seriamente—. En un tiempo, yo fui uno de los hombres de ciencia más admirados de Nueva Fénix. Mis investigaciones me llevaron a descubrir el microbio que transforma a los seres humanos en... lo que soy yo.

—¡Lo descubrió!—dijo admirado el piloto. —Sí. Pero no el antídoto. Con aquel virus podía transformar a cualquiera en hombre-rana, pero no logré la fórmula para hacer el cambio a la inversa. Comuniqué mi descubrimiento al Jerarca y una noche me arrojaron al exterior. Fue horrible ver cómo al simple contacto del aire me transformaba rápidamente—se pasó la mano por la cara como si quisiera ahuyentar aquel recuerdo. Luego continuó—. Comprendí los planes del Jerarca. Sabíamos que otros mundos estaban habitados y él concibió la idea de dominarlos con mi descubrimiento. Bastaría esparcir ese virus en la atmósfera para... ¿Comprenden ahora el porqué intento impedir que saldan de este mundo?

Los dos jóvenes se estremecieron de horror. Aquel loco proyecto llevado a la práctica acabaría con la forma humana en los mundos que se negasen a acatar al Jerarca. Sería la destrucción del hombre en todo

el Universo, pues ningún planeta se doblegaría a sus exigencias. Los planetas, las Galaxias, el Universo entero se poblaría de aquellos horribles y verdosos hombrea-rana.

—Pero eliminados el Jerarca y cuantos le secunden, los demás...

—No deben salir de aquí—cortó Kruno.

—Si van en son de paz, ¿por qué no?—saltó Runhny.

—Porque esos hombres, esas mujeres, esos niños que viven en la ciudad subterránea llevan en su interior un germen demasiado peligroso para poder vivir en otro ambiente que no sea su cueva.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Otra enfermedad?

—No. La misma, pero que aún permanece dormida. El bacilo que nos transforma en monstruos yace en estado letárgico en su organismo. El aire de Nueva Fénix es purificado de impurezas. Las bacterias que en él pululan y viven son destruidas antes de que penetren en la atmósfera de la ciudad. Pero esos seres trasladados a otros mundos, con una atmósfera normal, respirarían esas impurezas y el bacilo despertaría al ponerse en contacto con ellas. No quiero decir que estos mismos humanos que hoy viven aquí se transformen. Podrían hacerlo a la cuarta, a la quinta generación. Cuando ya se hubiese extendido por todo el Universo, uniéndose a otros habitantes. Y una vez despierte ese bacilo. pasaría de unos a otros, de padres a hijos, por herencia, por contagio... ¿Saben lo espantoso que sería ver mundo tras mundo convertirse en monstruosos seres? Piénsenlo un momento, y luego díganme: ¿Llevo o no llevo razón al tratar de impedir que salgan de este planeta?

Hubo un tenso silencio. Kruno se acercó a la. ventana y miró al exterior, dejando a los dos jóvenes sumidos en sus pensamientos.

Fue Carlos el primero que se acercó al hombre-rana y tendiéndole la mano en mudo gesto de asentimiento y amistad, dijo:

—Lleva razón, Kruno. Sería espantoso.

Kruno apretó aquella mano. Había un brillo de lágrimas en Sus redondos ojos, al decir con voz emocionada:

—¡Gracias, amigo Maston! No por estar de acuerdo con mis ideas, sino porque ha estrechado usted mi mano sin sentir repulsión hacia mí, y esto me hace completamente feliz. ¡Gracias!

Con gesto rápido. Como temiendo que vieran aquella momentánea debilidad., Kruno abandonó la estancia, dejando solos a los jóvenes.

—Creo que empiezo a comprender la grandeza de alma de estos seres—dijo el piloto quedamente—. Se sacrifican y luchan, no por ellos, sino por otros seres de lejanos mundos, a los que ni siquiera conocen y de los que no esperan nada. Ni tampoco se enterarán de su sublime gesto.

—¡Es maravilloso! Pero no quedará en la oscuridad lo que están haciendo. SÍ alguna vez volvemos a nuestro mundo yo me encargaré

de que el Universo entero, con sus miles de seres, se entere de ello.

—¡Tú!

—Sí, yo. Pertenezco al «viso-diario» Cosmos Científico Universal— declaró la joven—. Soy Runhnya G. Alterx.

—¡La famosa repórter!—dijo estupefacto.

—Ahora comprenderás el porqué me introduje en este viaje.

—Sí. Eso aclara tu conducta—dijo satisfecho—. Había llegado a pensar que... huías de la Justicia.

—¿Te hubiese importado?—dijo con pícaro gesto acercándose a él mimosa.

El piloto la vio junto a él. Mirándolo con aquellos enormes ojos azules. Suelto el rubio cabello en el interior de la escafandra. Los labios rojos y jugosos, tentadoramente cerca. Solo tuvo que alargar los brazos para que la joven se encontrase entre ellos, acurrucada contra su pecho.

—¡Runhnya...!—exclamó con voz ahogada. Y la muchacha enroscó sus brazos en torno a su cuello.

Las escafandras produjeron un ruido metálico al chocar una contra otra cuando intentaron unir sus labios, en muda demostración de amor.

Los días se hicieron infinitamente cortos para los dos enamorados. El afecto que les demostraban los hombres-rana y las atenciones de que eran objeto no podían arrancarles del éxtasis en que se hallaban sumidos.

Paseaban bajo los enormes árboles del bosque forjando quiméricos planes para el futuro. Eran horas agradables que no hubieran cambiado por nada.

No habían vuelto a ver a Kruno. El jefe de los hombres-rana, había salido a inspeccionar personalmente las patrullas de vigilancia en torno a Nueva Fénix.

Pero aquella mañana, cuando los dos jóvenes regresaban del cotidiano paseo a orillas del diminuto lago, Kruno les salió al encuentro.

—Me alegro de volveros a ver, amigos míos —dijo con afecto.

—Y nosotros a ti, Kruno. —También me alegro de que penséis formar un hogar en vuestra Galaxia.

—¿Ya te lo han dicho?—dijo ruborizándose la joven.

—Dejé junto a vosotros algunos de mis mensajeros. Ellos me han informado constantemente de vuestros pasos.

—¿Desconfianza?—interrogó el piloto.

—No, amigo mío. Simple acto de precaución. Sabiendo vuestros pasos me era más fácil el protegeros. El bosque encierra muchos peligros que vosotros desconocéis.

—¿Qué hay de nuevo, Kruno? ¿Has. podido averiguar qué es de

nuestros compañeros ?—interrogó el piloto.

—Hicimos un prisionero. Por él sabemos que la nave está a punto de ser terminada, pero le falta algo. Creo que es una pieza que no pueden construir por carecer del elemento base para ello.

—Entonces, ¿no hay por qué preocuparse? —rió Carlos—. No podrán salir de aquí aunque la terminen.

—No piensa igual el Jerarca. Siguiendo las indicaciones de Zoltán ha mandado que esa pieza sea retirada de vuestra aeronave y llevada a Nueva Fénix. Tus amigos, creyéndote en poder del Jerarca, así como a Runhnya, trabajan bajo la amenaza de que seréis destruidos.

—¿Qué piensa hacer?

—He montado una guardia en vuestra nave. Impedirán que se lleven esa pieza. Y no he mandado destruir la nave porque es el único medio de que salgáis de aquí.

—¡Gracias, Kruno! ¿Qué...?

Un hombre-rana penetró en la estancia y visiblemente agitado se dirigió a su jefe:

—Kruno, los soldados del Jerarca se han apoderado de la nave. Usaron lanzadores de fuego líquido para acabar con los nuestros.

—Se harán con esa pieza—exclamó Kruno con rabia—. Solo esperarán a que llegue alguno de sus amigos, Carlos, para que la retiren, puea son los únicos que saben hacerlo.

—Hemos de impedirlo—saltó el piloto—. ¿Cuántos hombres vigilan la nave ?

—Cerca de medio centenar—respondió el mensajero.

—¡Vamos, Kruno! ¡No perdamos tiempo! Los rápidos medios de transporte de que disponían los hombres-rana trasladaron a través del pantano y de los bosques una pequeña tropa de ,los verdosos monstruos. Runhnya quedó en el campamento contra sus deseos. Pues el piloto, temiendo que algo le sucediera, se negó a llevarla.

Horas más tarde, casi sumergidos en el pantano de aguas tibias y ocultos por los gruesos tallos de las plantas acuáticas de hojas gigantes, Carlos y los otros vigilaban los movimientos de los hombres de rojo. Tal vez fue la casualidad o la imprudencia de uno de los hombres-rana lo que motivó el ser descubiertos.

Uno de los centinelas chilló algo que sonó ininteligible para ellos, y los alrededores de la nave se transformaron en una Babel de gritos y carreras.

Carlos resolvió la situación pasando directamente al ataque. La lucha se entabló en unos instantes. El gesto del piloto fue inmediatamente secundado por Kruno y sus hombres. Los soldados rojos se defendieron como héroes. Portadores de mejores armas que los hombres-rana y parapetados magníficamente, formaban una barrera de fuego líquido imposible de atravesar.

Pero al final, la superioridad numérica se impuso y los hombres de Kruno se hicieron dueños de la nave.

—¿Qué pieza es la que buscan?—preguntó el piloto.

—Lo ignoro—contestó Kruno.

—Pues aquí no podemos dejarla—Dijo Carlos.

—¿Qué piensas hacer?

—Manda embarcar a tus hombres y que se alejen. Tú espérame en la orilla del pantano con el motor en marcha.

Una vez solo, Carlos se acercó al generador de las pilas solares y abrió un conmutador. Cerró otro. Una especie de ronquido apagado se dejó oír dentro del inyector.

El piloto no aguardó más. Como si lo persiguiera algún ser apocalíptico salió de la nave, atravesó el espacio que lo separaba del pantano y se zambulló de cabeza en la canoa que salió disparada sobre las aguas.

Apenas habían tenido tiempo de sumergirse cuando una inenarrable detonación atravesó las capas de agua y arena y fue escuchada dentro del vehículo. La formidable onda expansiva que se sucedió casi inmediatamente sacudió la navecilla violentamente.

Allá, donde momentos antes había estado la nave, se alzaba un formidable chorro de fuego que deslumbraba la vista. Arboles, plantas, hasta la misma tierra aparecía calcinada, abrasada en muchos centenares de metros a la redonda. El propio aire parecía un ascua al rojo vivo. Kruno se acercó a Carlos, que permanecía con los ojos fijos en el tablero de instrumentos, y apoyando una mano en su brazo, dijo:

—Comprendo lo que sientes, Carlos.

Sí, lo comprendía. Acababa de cortar el camino de regreso a su patria. Había roto el único puesto que unía su mundo con aquel planeta. Al destruir la espacionave había destruido la única posibilidad de regreso.

El mismo se había condenado a una perpetua condena en aquel mundo extraño y horrible, donde la propia atmósfera creaba seres de pesadilla.

Pero no solo se había condenado él a aquella vida. Con su gesto había convertido, condenado a sus amigos; el profesor, Allowahy, Runhnya.

¿Qué diría Runhnya al saberlo culpable de que jamás podría regresar? ¿De que nunca verían culminados aquellos planes que trazaron? Sumido en estos amargos pensamientos, el piloto, no se dio cuenta de que habían llegado al poblado y la joven, con la cara radiante de felicidad, corría hacia él con los brazos tendidos.

Kruno entró como un loco en la habitación de Carlos. Este, despertado bruscamente, se incorporó en la cama echando mano a la pistola. Pero al reconocer al hombre-rana la volvió a la funda.

—¿Qué ocurre, Kruno?—preguntó al ver la expresión de éste.

—Todo ha sido inútil, Carlos—dijo dejándose caer con desaliento en una butaca—. La destrucción de la nave no nos ha servido de nada. Se habían llevado ya la pieza aquella.

—¡Qué dices!

—Sí. Lo tienen todo dispuesto para la partida.

El piloto saltó de la cama, acercándose al abatido hombre-rana.

—¿Estás seguro de lo que dices?—preguntó.

—Sí. Mañana será la partida. Todos los habitantes del subsuelo irán en ella. Es una nave enorme.

—¿Y mis amigos?

—Serán arrojados al exterior sin protección alguna.

—No podemos consentirlo-—exclamó Carlos.

—¿Qué podemos hacer ya?

—Destruir esa nave. Acabar con el Jerarca —dijo con energía el muchacho—. Aunque para ello tengamos que penetrar en la mismísima Sede del Gobierno de Nueva Fénix.

—¡Estás loco! ¿Tú sabes la cantidad de barreras que habremos de atravesar para eso?

—Las mismas que atravesé para salir. ¡Y lo hice!

—De acuerdo, Carlos. Alguna vez tenía que llegar este momento.

Media hora después, el poblado de los hombres-rana parecía un manicomio. Los hombres se pertrecharon y armaban para la batalla definitiva. Sabían que de aquel acto dependía la paz de muchos seres y estaban dispuestos a dar su vida por conseguirlo.

Runhnya se negó a escuchar a Carlos. La muchacha, armada como cualquiera de los combatientes, no se separaba de su lado.

—No me convences, cariño—había dicho—. Donde tú vayas iré yo y lo que sea de ti será de mí.

—¡Estás loca!—gruñó el piloto. Pero íntimamente estaba satisfecho de la actitud de la muchacha.

Horas más tarde una ingente columna de hombres-rana, encabezados por Kruno y los dos jóvenes, se dirigían en las rápidas, lanchas submarinas hacia las montañas que servían de bastión a la ciudad subterránea. La marcha a través de los bosques no tuvo el menor contratiempo. Procuraban evitar las patrullas vigía del Jerarca que Kruno detectaba a distancia con sus poderosas ondas mentales.

Aquellos tentáculos imaginativos que lanzaba su cerebro les iban advirtiendo de cuantos peligros se encontraban a su frente y las rápidas navecillas los sorteaban ágilmente.

Llegaron sin contratiempo al pie de las altas escarpaduras y el piloto recordó algo que dijo Zoltán.

—Hay un cráter en la cima de esa montaña, ¿verdad, Kruno?

—SÍ—le respondió el interpelado—. ¿Por qué?

—Vamos a intentar la entrada por allí—respondió—. Tengo la impresión de que estará menos vigilado.

—Vamos.

Siguiendo a Kruno ascendieron las rocosas paredes. La escalada era difícil y pronto el sudor empezó a correr por sus cuerpos. Las ingentes y pétreas moles de aguzadas aristas iban siendo dejadas atrás en una lenta, pero, ininterrumpida marcha

Al fin sus esfuerzos fueron coronados por el éxito. Ante ellos abriendo sus descomunales fauces de ciclópeo coloso a sus pies, se hallaba el enorme cráter de un apagado y milenario volcán.

Las rugosas paredes, casi cortadas a pico, se hundían en una profunda sima de invisible fondo. Carlos sintió erizársele el cabello al contemplar su hondura, pero haciendo, como vulgarmente se dice, de tripas corazón, fue el primero en agarrarse a los salientes de las rocas e iniciar el descenso.

Tras él lo hicieron los demás. Conforme iban hundiéndose en las entrañas de la tierra, &1 descenso se iba haciendo más fácil. Hubo un momento en que pudieron caminar sin sujetarse a nada, como si descendiesen una fina pendiente cualquiera.

Se reunieron en el fondo, detrás de un enorme conglomerado de rocas medio fundidas y cubiertas de lava solidificada.

—Bien, ya estamos abajo—dijo Carlos—. Hasta ahora no hemos tenido ningún contratiempo, ni encuentro desagradable. Pese a ello debemos de extremar las precauciones. Estamos en terreno enemigo y debemos evitar las sorpresas. ¿Entendido?

—De acuerdo, Carlos—dijo Kruno—. ¿Por dónde va...?

No terminó. Se llevó un dedo a los labios imponiendo silencio. Su supercerebro había sido advertido de un cercano peligro.

Dos hombres habían surgido por una fisura de la roca. Vestían trajes de vacío y en sus manos se veían una serie de raros instrumentos de medición.

Apenas vieron a los invasores dejaron caer los aparatos llevándose las manos a las culatas de las armas.

Pero el piloto, anticipándose a los demás, saltó ante ellos encañonándoles, al tiempo que decía :

—¡Quietos, hermanos! ¡Alcen las garras! Los dos hombres, a su pesar, contuvieron el gesto que habían iniciado, elevando los brazos.

Kruno se acercó a ellos desarmándolos. Después ordenó a sus hombres que recogieran los caídos aparatos y destinó una patrulla, para explorar. la fisura por la que salieran.

Carlos empleando el emisor-receptor, preguntó :

—¿Qué veníais a hacer aquí?

—¡ Qué te importa a ti!—repuso uno de ellos.

—¡Vaya! ¿No queréis hablar, eh?—dijo sarcástico el muchacho—. ¿Y tu compañero supongo que tampoco?

Y ante el gesto despectivo de ambos, añadió:

—Bien. Como queráis. ¡Kruno, quítales la escafandra !

El terror se pintó en los ojos de los dos hombres. Si les quitaban la escafandra se convertirían en seres como los que tenían ante ellos. Serían desterrados de su mundo. Condenados a un terrible vagar por las selvas del planeta, pobladas de espantosos animales.

El instinto de conservación pudo más que su fuerza de voluntad y el que parecía el jefe, tras mirar a su compañero, dijo:

—Veníamos a tomar medidas para. dar salida al túnel que hemos construido.

—¿Un túnel? ¿Por el que saldrá la aeronave, verdad?

—Sí. Desde aquí partiremos con rumbo a otros mundos.

—Parece ser que llegamos en el momento preciso—dijo alegremente el muchacho.

—No lograréis entrar en Nueva Fénix—dijo el cautivo.

—¿Tú crees?—se burló el piloto—. ¡Te apuesto lo que quieras a que sí!

Luego dirigiéndose a los hombres de Kruno, ordenó:

—¡Guardadme bien a estos dos pimpollos! Quiero que vean cómo acabo con sus planes de conquista.

Se alejó hacia la fisura, seguido de la muchacha y de Kruno. Este cuando estuvieron alejados de los prisioneros, cogió al piloto del brazo haciéndole detenerse.

—Pareces muy seguro al afirmar que entraremos—dijo.

—Y lo estoy, Kruno. Esos dos hombres me han dado la llave que nos abrirá de par en par las puertas de la ciudad.

—¿Cuál es tu plan?

—¿No te has dado cuenta de que yo, al igual que Runhnya, vestimos trajes de vacío exactos al de ellos?—contestó—. ¿Crees que se notará la diferencia, si nos acercamos cargados con esos trastos que ellos llevaban? —Pero, ¡eso es una locura!—protestó Kruno.

—De locuras como ésa nacieron lo que más tarde serían grandes empresas—dijo Runhnya, adhiriéndose incondicionalmente al proyecto del piloto.

—Está bien. No quiero que digáis que soy un aguafiestas. ¡Adelante! Pero al menor síntoma de peligro nos tendréis a vuestro lado..

Portando los instrumentos de medición y con el aire más despreocupado que pudieron adoptar, los dos jóvenes se introdujeron

por la fisura, que se pronunciaba hacia el interior.

Durante unos minutos anduvieron entre tinieblas, luego, una tenue claridad empezó a llenar el rocoso camino que seguían. Uno de los hombres-rana que Kruno mandara de exploración les salió al paso y señalando hacia el interior, dijo:

—Hay un pasillo muy iluminado que termina en una puerta de roca.

—¡Gracias, amigo!

—¡Ah, señor Maston! Dígale a la señorita que procure ocultar el rostro o mantenerse en la sombra. Lo mismo que la he reconocido yo pueden hacerlo los demás.

No tardó Carlos en hallarse ante la puerta. Runhnya se volvió de espaldas a la vítrea pantalla para evitar ser reconocida.

Durante unos segundos se iluminó la pantalla, luego, la puerta empezó a abrirse silenciosamente, corriéndose a un lado. Del interior surgieron algunos soldados con ánimo de ayudarles a llevar los instrumentos. Carlos temió que al acercarse reconocieran a la joven y... en aquel momento estalló la refriega. El piloto y Runhnya extrayendo sus armas con rapidez fulminante dispararon contra ellos, corriendo hacia el interior y destrozando el cuadro de controles que movía la puerta.

Kruno surgió a sus espaldas. Y tras él, abandonando sus escondites, lo hicieron sus hombres que disparaban contra los primeros soldados que acudían a repeler el inesperado ataque.

Los hombres-rana parecían diablos en el combate. Atacaban con denuedo admirable. El seco estampido de sus armas se asemejaba a un ininterrumpido trueno.

El combate fue sangriento a medida que transcurría el tiempo. Nuevas oleadas de soldados rojos se aunaban a la batalla, pero los hombres-rana iban adelantando terreno paulatinamente.

Las bajas por ambas partes eran numerosas. Había momentos en que se llegaba al cuerpo a cuerpo y las armas cortas disparadas a bocajarro causaban verdaderos destrozos. También las garras de los verdosos aliados de Carlos actuaban con escalofriantes resultados.

Sus afiladas uñas, duras como el pedernal, penetraban en los cuerpos de sus enemigos produciendo tremendas heridas que, a veces, abrían un hombre en canal.

Carlos, llevando a, sus lados a Runhnya y a Kruno, que lo igualaban en arrojo y temeridad, peleaban por media docena. Hubo un momento en que su arma quedó completamente descargada, pese a ser de aprovisionamiento prolongado. Cogió la de un cadáver y continuó adelante.

Las descargas se fueron clareando hasta convertirse en un espaciado tiroteo que, poco después, cesó por completo. Los verdosos

combatientes habían vencido.

—¿Nos habrán oído?—preguntó Runhnya.

—No. Esta es una cámara estanca. Y vosotros rompisteis el transmisor a tiros—contestó Kruno.

—¡Rápido!—ordenó Carlos—. ¡Vamos hasta donde estén las fábricas!

—Es a la salida del pasillo—orientó Kruno.

Corrieron por el pasillo desembocando en una especie de pequeño fortín. Asomados a una ventana pudieron distinguir una gigantesca cueva excavada en la roca viva y de la que partía una rampa ascendente que se perdía en una especie de tubo de la pared.

—¡El túnel!—murmuró Kruno.

—Si. Y allí está la gigantesca aeronave—contestó el piloto, señalando al final de la cueva.

Enorme. Poderosa. Reluciente, bajo los miles de focos que llenaban el hangar donde reposaba, la aeronave del espacio estaba siendo cardada por varios centenares de obreros.

—Va a ser imposible llegar hasta ella—dijo Kruno.

—Usaremos el mismo truco—dijo Runhnya—. Colocaremos unas cargas energéticas junto a las pilas y las graduaremos para que podamos salir de aquí a tiempo.

—Pero esta vez iré yo solo—dijo Carlos.

—Yo contigo—protestó la muchacha.

—Tú te quedas con Kruno—contestó Carlos con firmeza—.Es más fácil para uno solo el pasar desapercibido.

Y sin aguardar respuesta salió del fortín, mezclándose a los hombres que pululaban allí fuera.

No le costó trabajo llegar hasta la aeronave. Los trajes de vacío que todos llevaban allí, para evitar el contacto con posibles filtraciones del exterior, hacía que fuese prácticamente imposible el diferenciar a unos de otros.

Cargado con un cajón de alimentos concentrados trepó ágilmente por la escalerilla de acceso, penetrando en el interior. No tardó en deshacerse del cajón en un lugar solitario y, guiándose por su instinto, trató de orientarse hacia la sala de máquinas.

Pasó junto a varios tripulantes, que apenas le prestaron atención, atareados en su faena. Los nervios del muchacho estaban en tensión y su mano rondaba, como al descuido, la culata de la pistola.

Transcurrió una hora larga antes de que lograse dar con lo que buscaba. La blindada puerta no fue obstáculo para que Carlos se detuviera.

De una estancia cercana se apropió de una manta de tejido grueso y espumoso con la que envolvió la pistola. Disparó contra la cerradura.

Una blanquísima luz le obligó a cerrar los ojos. Aquel trozo de puerta se fue tomando rojo intenso al tiempo que el metal se fundía rápidamente, resbalando en gruesos goterones.

Le bastó un leve empujón para hacerla girar sobre sus goznes y penetrar en la estancia donde, monstruosas, las turbinas parecían esperar dormidas la rugiente energía que impulsaría la nave a los confines del espacio.

Extrajo de la pistola dos cargas energéticas y las introdujo en el hueco de una de las gigantescas pilas, después de unirlas con unos cables. Buscó inútilmente un regulador de tiempo.

—¡Vaya¡—murmuró sombrío—. Tendré que hacerlo por mí mismo. Es lastima que tenga que acabar aquí. Pero es la única oportunidad y no voy a desperdiciarla por una tontería. ¡Aunque esta tontería sea mi propia vida!

Conectó los dos terminales de las cargas a un grueso cable y se dirigió hacia el interruptor que daría paso a la corriente que haría volar, no solo la nave, sino también el hangar, el túnel y parte de la montaña que se alzaba sobre ellos. Sintió una amargura infinita. El mismo iba a destruir a amigos y enemigos. Sería juez y asesino al mismo tiempo. Castigaría a unos por su maldad. Y de otros sería el asesino impla cable que segaría sus vidas inocentes. Iba a destruir lo que más amaba: Runhnya. Sus propias manos cortarían aquella adorada existencia. destruirían la belleza incomparable de la muchacha. El, en quien ella confiaba, sería el brazo ejecutor de la Eterna Segadora.

No pensaba en él. Su vida no importaba en aquellos momentos. Todo su ser luchaba, dividido en dos bandos opuestos: por un lado el deber, el cumplir la misión que se había impuesto al unirse a aquella lucha. Por otro: le repugnaba la idea de cargar su alba con un asesinato masivo, en el que lo mismo caerían culpables que inocentes.

Desechó aquellos tétricos pensamientos diciéndose que: miles y miles de vidas dependían de su acción. Millones de lejanos seres que vivían en la paz de sus hogares, ignorantes del terrible peligro que les amenazaba.

Alargó la mano hacia el interruptor, dispuesto a consumar su obra, pero no llegó a tocarlo. Alguien se interpuso en su camino al tiempo que una voz fría y cortante decía:

—¡Quieto, señor Maston! ¡No intente parpadear siquiera o lo dejaré convertido en un verdadero rompecabezas para quien intente reunir sus pedazos!

El hombre lo encañonaba con una pistola

energética, mientras en su rostro, a través de la escafandra, se dibujaba una sonrisa malévola.

—¡Zoltán!—exclamó el piloto.

—El mismo, señor Maston—replicó el otro—. Sabía que usted intentaría algo por el estilo al enterarse de la partida. No sé cómo ha logrado penetrar aquí, pero le aseguro que sí sé cómo saldrá. Estaba seguro de que trataría de hacer lo mismo que con su nave, por eso decidí aguardar dentro de la nave.

—¡Muy listo, Zoltán!

—¡ Gracias! Solo tuve que vigilar la cámara de energía y... ya ve. ¡Le cacé!

—Y ahora, ¿qué?

—Mi deber sería acabar con usted aquí mismo, —hizo una pausa, y luego agregó—: le llevaré a presencia del Jerarca. El decidirá cuál ha de ser su suerte. ¡Salga delante de mí! ¡Y ojo con las tonterías! No sentiría remordimientos de conciencia por su muerte.

Cuando cruzó a su lado Zoltán alargó la mano despojándole de la pistola, al tiempo que decía sarcástico:

—¡Está mejor sin colmillos!

—¿Tiene miedo?

—Puede ser—replicó el otro—. Es usted demasiado temerario y podría intentar alguna locura. ¡Vamos!

Avanzaron por los interminables pasillos de la nave hasta los ascensores que conducían a los pisos superiores. Carlos, expectante, esperaba el menor descuido de Zoltán para intentar libertarse. Pero el Consejero caminaba a algunos metros detrás de él encañonándolo firmemente y sin perder de vista ni uno solo de sus movimientos.

El pasillo doblaba en un brusco recodo. Tal vez allí...

—No lo intente, Maston—dijo el Consejero, que parecía haber adivinado sus pensamientos—. Me bastaría apretar el gatillo para convertirle en fragmentos irreconocibles.

Doblaron el recodo y, la montaña en cuyo seno estaban pareció desplomarse sobre Zoltán.

Un hombre había saltado sobre el Consejero, arrancándole el arma de la mano, y derribándolo al suelo. Zoltán boqueó angustiado cuando el puño de su atacante se hundió, como una catapulta, en su estómago. Y aunque el traje de vacío amortiguó algo el golpe, el Consejero creyó que aquel ariete le iba a salir por la espina dorsal.

Quedó inmóvil en el suelo, perdido el conocimiento. Todo había sido tan rápido que Carlos apenas había tenido tiempo de reponerse de la sorpresa cuando ya el agresor se volvía sonriente hacia él.

—¡Hola, Maston; Creo que llegué a tiempo.

—¡ Allowahy!

La sorpresa del piloto era enorme. Allowahy era la última persona a quien esperaba ver en libertad en el interior de la nave. El financiero se encaró con el piloto:

—¡Nos dijeron que estaba usted en la ciudad. junto con la chica, y que solo les traerían en el ultimo momento!—dijo.

—Nunca me tuvieron en su poder—contestó el piloto—. Ni a Runhnya tampoco.

Y a continuación le explicó todo lo sucedido y los ambiciosos planes del Jerarca, así como su unión a Kruno, el jefe de los hombres-rana. El . financiero se apenó por la muerte de su hermano, pero comprendiendo que el tiempo urgía se rehizo sobreponiéndose a su dolor.

—Nunca hubiese imaginado una cosa así —dijo—.¿Qué piensa hacer ahora, Maston?

—Destruir la aeronave—contestó Carlos—. Están en juego muchas vidas para andarse en contemplaciones.

—¡Estoy con usted! Vamos a convertir este «bote» de conservas en un bonito montón de chatarra.

—¡Será si yo lo consiento!

La voz había sonado en la esquina del recodo y los dos amigos se volvieron sorprendidos.

El propio Jerarca estaba allí con una pistola en la mano. Tras él aparecía el profesor Parrish.

—Un agradable encuentro, señor Maston—dijo el Jerarca—. Lástima que luchemos en bandos opuestos. Hubiese usted llegado muy lejos a mi lado. Pero se que es inútil tratar de convencerle. Usted está dispuesto a exterminarnos, a impedir la conquista del Universo por nosotros. ¡Vana tarea, señor Maston! Somos los más fuertes y hay un refrán antiquísimo que dice: «El pez grande se come al chico.»

—Me parece que estoy resultando un poco duro de roer para sus dientes. Jerarca—replicó el piloto fríamente.

—Reconozco su valía, amigo mío. Por eso siento tener que destruirlo, ¡pero no tengo otro remedio! Si le dejase con vida usted seguiría intentando impedir los planes trazados hace muchos años. Un proyecto en el que tenemos puestas todas nuestras esperanzas y que nos convertirá de nada que somos, en los dueños absolutos del Infinito.

—Un proyecto muy ambicioso para llegar a buen término—dijo Allowahy.

—¿Se pasó al bando enemigo, señor Allowahy? Lo siento por usted. Hará compañía a su amigo Maston en la cámara desintegradora.

—¡Nunca he estado a vuestro lado, canalla! —rugió el financiero fuera de sí—. ¡Nunca! ¿ Lo oyes? Si accedí a vuestros deseos fue

porque prometisteis devolver la libertad a Maston y a la chica. Pero veo que solo era un engaño. Lo mismo que la ignorancia de la suerte corrida por mi hermano. ¡Asesino!

—¡Lo siento, Allowahy! Hemos de apartar de nuestro camino todo aquel obstáculo que se interponga y que pueda perjudicar nuestros planes para el futuro.

La fría indiferencia con que se expresaba el Jerarca pareció enloquecer al financiero. Con un rugido de fiera, sin importarle el arma que empuñaba el Jerarca, se lanzó contra éste, desviando de un manotazo el brazo armado, y el disparo, después de rozarle la escafandra, se estrelló contra la pared.

Intentó el agredido defenderse, pero la furia homicida que animaba a Allowahy centuplicaba sus fuerzas. Y los dos hombres se enzarzaron en una cruenta lucha a brazo partido.

Carlos detuvo al profesor que había intentado intervenir.

—¡Quieto, profesor!

El hombre de ciencia le miró unos segundos con rara expresión, pero obedeció la orden.

—Déjelos que se las ventilen ellos, nunca me ha gustado meterme en camisa de once varas —añadió el piloto—. Si Allowahy es vencido yo me entenderé con el Jerarca y su Consejero. Usted mientras podía ir preparando la voladura de la aeronave.

—¡Nunca!—gritó el profesor.

—¡Eh! ¿Qué dice?

—¡Nunca la destruirás, entrometido! ¡ Lograremos conquistar el Universo!

—¿Está loco, profesor?—dijo el piloto estupefacto.

—No, no estoy loco. Vosotros sois los locos. Intentáis impedir la más grande de las hazañas de todas las épocas. Algo que muchos sonaron y que nadie logró jamás: la unión del Universo entero bajo un solo mando—dijo Parrish fanáticamente —. ¡Y yo seré el presidente de todos los sabios de esos mundos conquistados! ¡Seré el hombre que ayudó a esa conquista! ¡De mí hablará la historia!

—Eso es un dispar...

—¡No!

El grito de desesperación, de rabia y loco terror, les hizo volver la vista hacia el caído Zoltan.

El Consejero había recuperado el conocimiento y apoyado sobre un codo, en el suelo, tenía en el rostro una terrible expresión, mientras sus ojos, casi fuera de las órbitas, miraban aterrados hacia los combatientes.

Allowahy había logrado deshacerse del abrazo del Jerarca y aprovechó la ocasión para disparar sobre él.

A la cegadora luz que siguió al disparo, una lluvia de metales y

piezas retorcidas, incandescentes, cayó al suelo. Bobinas quemadas. Condensadores rotos, muelles, tubos, cables. Todos los instrumentos que aquel maravilloso robot llevaba en su interior, se desparramaron sobre las pulidas planchas del suelo de la nave.

Aquel momento de asombro que paralizó a los hombres lo aprovechó el Consejero para escapar de allí, gritando como un loco:

—¡Os exterminaré! ¡Acabaré con vosotros! ¡Habéis destruido mi gran obra, el trabajo de muchos años: el robot más perfecto de todos los tiempos! ¡Pero os pesará! ¡Acabaré con el Universo entero!

Carlos intentó correr tras él, pero el profesor, en un rápido movimiento, se apoderó de una de las caídas armas, disparando contra él.

Hubiese conseguido su objetivo si el financiero, con un desprecio absoluto de la vida, no se hubiese interpuesto en el camino de la descarga. No le alcanzó de lleno, pero el tremendo calor fundió, como si fuese cera, el tejido del traje de vacío, dejando al descubierto la epidermis.

Carlos fulminó al profesor con una descarga, luego se volvió hacia Allowahy:

—¿Cómo va eso, Allowahy?—preguntó.

—Solo fue un roce, pero, más valiera que hubiese acabado conmigo—respondió con amargura—. He tomado contacto con la atmósfera del planeta, Carlos. No tardaré en ser uno más de los horribles hombres-rana que pueblan su superficie.

—¿Pero aquí…?

—Hay filtraciones de la superficie. No hay nada que me salve.

Carlos miró aprensivamente al financiero. A través de la escafandra podía verse su cara que iba tomando rápidamente un color verdoso.

—Busque a Zoltán y acabe con él. Dispone de un arma terrible que construyó el profesor. Con ella puede lanzar al espacio miles de proyectiles cargados con bacterias nocivas, las del terrible virus que infecta esta atmósfera. Sería espantoso que esos proyectiles llegasen a extender su contenido por el Universo. No pierda tiempo —apremió el financiero—. ¡Acabe con esa alimaña! ¡Yo volaré esto!

—De acuerdo, Allowahy. Pero usted…

—Déjeme aquí. No podría aguantar verme convertido en… “eso”. Le daré cuatro horas de tiempo para que cumpla esa misión y salga de este nido de víboras. ¡Vayase!

No se hizo repetir la orden el piloto. Corrió tras los pasos del maquiavélico Zoltán sin volver la cara atrás. Era horrible presenciar la rapidísima mutación que se iba operando en Allowahy. Su cuerpo iba adquiriendo la monstruosa deformación de loa hombres-rana.

El piloto corrió por el pasillo. De pronto, algo estalló sobre su cabeza con sonoro crujido.

Detuvo sus pasos instantáneamente, retrocediendo hasta hallar el abrigo de una esquina.

Dos disparos más hicieron vibrar los muros de la nave con sus impactos.

—Ese maldito debe de haber dejado a alguien guardándole las espaldas—masculló Carlos.

Asomó un poco la cabeza, para retirarla inmediatamente, cuando vio la llamarada de un arma a diez metros de distancia. La descarga pasó silbando por encima de él, yendo a estrellarse contra el muro que tenía a sus espaldas.

Asomó la mano, disparando dos o tres veces en rápida sucesión, y luego, arriesgándose a recibir un impacto, saltó fuera de su refugio.

Las balas silbaron en torno suyo, pero sus rápidos zigs-zags impedían al agresor fijar la puntería. Un soldado rojo que había ante una puerta se desplomó, abatido por los certeros disparos de! joven, el cual halló el paso franco.

Intentó abrir la puerta, pero !a cerradura no cedió. Retrocediendo, apuntó y disparó, abriendo un ancho boquete, que le permitió ver el interior.

Casi una pistola estalló frente a él, Carlos sintió a través del traje de vacío el cálido ramalazo de fuego y, sin tomar puntería hizo fuego.

Su descarga pasó a través del boquete e hizo blanco de modo casual. Zoltán vio su gesto y saltó de costado intentando librarse de la descarga.

Aquello fue su perdición. Su cuerpo chocó contra un complicado aparato que lanzaba un suave ronquido, arrancando en su caída algunos cables y conexiones. Varios tubos se partieron y por ellos, con rugiente y salvaje furia, salieron los rojos chorros de la energía concentrada que había de impulsar los proyectiles de bacterias.

En un momento, las cárdenas llamaradas envolvieron el complicado mecanismo, parecido a un potente telescopio, fundiéndolo, convirtiéndolo en un inmenso piélago de metal humeante que corría por el suelo de aquella estancia.

Fue un grito espeluznante. Algo imposible de describir.

Sus ecos, aún después de haber desaparecido la garganta que los lanzara, rodaron por la nave, rebotando en las metálicas paredes, resbalando a lo largo de los pasillos y se introdujo en todas las dependencias para. ahogarse lentamente, después de erizar el cabello a cuantos lo oyeron.

Así acabó Zoltán, el diabólico Jerarca de Nueva Fénix, que hacía ocupar su puesto a un «robot». Una máquina tan perfecta, que podía usurpar la personalidad del ser humano.

Nadie había acudido a los disparos. Todos sabían que en la nave estaban el Jerarca y su Consejero y éstos tenían por costumbre

castigar con la muerte y en el acto a los perezosos o negligentes. Tan acostumbrados estaban que nadie se preocupó de ellos.

El piloto corrió hacia la salida. Llegó a ella sin novedad y respiró aliviado cuando se vio fuera de la nave.

No tardó en hallarse en los brazos de Runhnya, en el interior del fortín. Kruno y sus hombrea lo rodearon jubilosos por su regreso. Habían pa sado horas de angustiosa espera, temiendo lo peor.

Pero mayor fue su alegría al enterarse de todo lo sucedido. La muerte del Jerarca y la próxima destrucción de la nave eran el logro de toda aquella lucha. ¡Habían vencido!

—Sí. Hemos logrado lo que queríamos: salvar al Universo del peligro que lo amenazaba —dijo Carlos—. Pero, ahora, ¿qué?

Sí. Saldrían de allí, de aquel mundo subterráneo para evitar morir aplastados por los miles de rocas que se desplomarían sobre él al sobrevenir la explosión que provocaría Allowahy. Pero, ¿y después?

Vivirían hasta el fin de sus días en aquel planeta que se secaba rápidamente, rodeados de monstruos peligrosos. Metidos siempre en los trajes de vacío para evitar la contaminación de la atmósfera.

¡Nunca podrían volver a su mundo o tal vez algún día una nave entrase en la atmósfera del planeta y los rescatase!

Ese era el interrogante que se abría ante ellos. Esa era la pregunta que se formulaba Carlos Maston, mientras estrechaba contra su pecho el frágil cuerpo de Runhnya.

¿Volverían algún día al otro lado de las sombras ?

EPILOGO

—He descubierto la nave que el Jerarca se había hecho construir para explorar loa mundos que pensaba invadir—dijo Kruno—. Mis hombres la guardan. Con ella podéis abandonar este Mundo y dirigíros al vuestro.

—¿Cómo fue eso?

—Cuando te marchaste salí de exploración por los alrededores y en un túnel cercano encontré un estilete volador. Liquidamos a los centinelas y nos hicimos con ella. Pensé destruirla pero, luego, me dije que os podía servir para el regreso.

—¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! Allowahy no tardará en provocar la explosión.

—Id vosotros y mandad a mis hombres hacia acá. Nosotros saldremos por el cráter. ¡Buena suerte, amigos!

—¡Adiós, Kruno! Siempre te recordaremos —dijo el piloto—. Y cuando lleguemos a nuestro mundo trataremos de que encuentren remedio para lo vuestro...

—Es mejor que os olvidéis de todo esto. Nada puede devolvernos

la forma primitiva. Marchad y, ¡que seáis muy felices!

Así pudieron abandonar los dos jóvenes aquel mundo extraño. Aún no habían dejado su atmósfera, cuando se produjo la terrible explosión que pareció levantar las montañas de su base.

Allí donde estuviera Nueva Fénix, había ahora un gigantesco cráter que vomitaba llamas y humo. Rocas en fusión cruzaban los aires, dejando tras ellas un rastro ígneo.

Runhnya, abrazada al piloto, sentía todo el horror de aquella visión. Pero aún se apretó más contra él, cuando la corteza del planeta, quemada por la radiactividad, reseca por la constante evaporación del agua, vitrificada por las terribles explosiones que asolaron su suelo, se cuarteaba, se agrietaba, desmoronándose. El planeta entero se deshacía en el espacio, como un simple terrón de azúcar en un vaso de agria.

Ya navegaba el «estilete» en las negruras del espacio, cuando un tremendo fogonazo iluminó el interior de la nave con una luz cárdena infinitamente muchas veces superior a la del sol.

—¿Es... el fin?—dijo Runhnya tímidamente.

—Sí. Se ha desintegrado—contestó Carlos—. Desde los demás mundos solo verán el fogonazo..., dentro de dos mil años, y dirán “una súper nave”, sin preocuparse de más.

El «estilete» perdido en la inmensidad de la negrura espacial, navegaba veloz hacia una Galaxia cualquiera. Desde allí, los dos jóvenes, podrían llegar a su mundo.

Eran los únicos que habían atravesado “La barrera de las sombras” y regresaban de nuevo a la luz. Habían ido en busca de un planeta ultravioleta pero éste se había fundido en la nada, donde hiciera miles de años debía de estar.

Habían corrido aventuras y peligros. Encontrado seres buenos y malos y lo único que habían hallado era «aquello» que, a través de razas y y colores, de formas y dimensiones, de tiempo y espacio perduraría toda la eternidad: el amor.

Por la escotilla de proa empezaron a verse diminutos puntitos en la negrura del vacío. Luego los cálidos rayos de una estrella llevaron hasta ellos la luz del día. i Habían atravesado la barrera de las sombras!

Las brumosas cortinas negras quedaban atrás envolviendo en su manto los misterios de un “Más Allá”.

—¿Dime, Carlos?—dijo Runhnya—. ¿Cómo se llamaba aquél mundo?

—Tan solo se lo oí una vez nombrar a Kruno —contestó el piloto —. Y en verdad que tenía un nombre raro, como raro y extraño era todo lo que en él había...

—Estaba maldito...

—Sí. Por la ambición de sus propios hijos se veía convertido en un mundo ignorado al otro lado de las sombras, Kruno le llamaba la Tierra.

—Debió de ser un mundo muy hermoso.

—El nos servirá de ejemplo para desterrar de nosotros y ser mejores la ambición y el ansia de poder. Debemos conformarnos con lo que tenemos y no desear lo de los demás…

—¿ Nada de los demás ?—preguntó mimosa con gesto pícaro.

—Creo que llevas razón. Será muy difícil aguantar la tentación.

Atrajo hacia sí a la muchacha y la besó con dulzura en los labios. Para ellos, en aquel momento, no existía nada. Ni tiempo, ni espacio, ni lugar. Ni siquiera aquel mundo que se había llamado la Tierra. Solo el amor. y, ¡Ese fue el error de los terrestres! No tenían amor, ni caridad con el prójimo, ni remordimientos de conciencia para sus pecados. Ellos mismos, como Luzbel al tratar de igualarse a Dios, se habían sumido en las eternas sombras del “Más Allá.”